



LOTERIA

MAYO DE 1951

Nº 122

ORGANIZADO POR LA LOTERÍA NACIONAL DE BENEVOLENCIA

DIRECTOR:
RICARDO A. LINCE

REDACTORA:
NELLY E. RICHARD

APARTADO 1961
PANAMA, R. DE P.

LOTERIA

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

NUESTRA PORTADA:

CONFRATERNIDAD

Con motivo del aniversario de la independencia de los Estados Unidos de América, la gran nación del norte unida a nuestros destinos por la gran zanja abierta en nuestro Istmo "para beneficio del mundo", el Liceo de Señoritas celebró un acto conmemorativo, una de cuyas escenas reproducimos en nuestra portada de hoy. En ella, con la ingenua espontaneidad de la infancia, un niño que representa al Tío Sam abraza a una graciosísima pollera panameña, en gesto simbólico de confraternidad, y de cooperación.

Porque es sobre el criterio del respeto mutuo, de la dignidad nacional, de la conciencia plena de los derechos soberanos de cada pueblo y de las responsabilidades de cada nación, como puede forjarse el cariño, fortalecerse la amistad, vigorizarse la cooperación que debe haber entre el estrecho puente del mundo que es nuestra Patria y la poderosa nación del Norte, erigida en campeona de la democracia y de la libertad.

Hondo significado, trascendental manifestación de que nuestro pueblo, desde sus generaciones más jóvenes, tiene plena conciencia de sus derechos y de sus deberes en lo que se refiere a sus relaciones con los Estados Unidos de América y con los otros pueblos del continente y del mundo, hay en esta escena que hoy nos sirve de portada y que la Revista "LOTERIA" recoge orgullosamente, segura de que con ello contribuye a fortalecer esa conciencia, sobre la cual se edifica nuestra soberanía y toma rumbos nuestra misión republicana.

SUMARIO

	PAG.
LA COPA.....	2
Nota Editorial:	
JULIO: MES SIMBOLICO PARA LA LIBERTAD.....	3
LA TIERRA Y SUS POBLADORES.....	4
EL PAIS ASILANTE TIENE LA ULTIMA PALABRA.....	9
Por el Dr. Erasmo de la Guardia.	
BEETHOVEN, EL REBELDE SOLITARIO.....	10
Por Kurt Pahlen.	
APRENDO A LLEVAR MI CRUZ.....	14
Por Frank Smathers.	
DEMOCRACIA (Pensamientos).....	16-17
HOJEANDO PAPILES VIEJOS.....	18
Por Ernesto de J. Castellero R.	
SANTA JUANA.....	20
Por George Bernard Shaw.	
CUADERNOS DE APUNTES.....	23
Por Luis Cervantes Díaz.	
LA DIABETES VA EN AUMENTO.....	25
Por C. Lester Walker.	
LA NACION PANAMEÑA, OBRA DE ESPAÑA.....	26
Por Carlos Sucre C.	
FLECHAS.....	27
Por López de Molina.	
VIDA ANECDOTICA DE TERESA CARREÑO.....	28
Por Eduardo Carreño.	
PICARISMO Y DELINCUENCIA POLITICA.....	30
Por Julio R. Barcos.	
EL REPOSO.....	32
De "Votre Beaute".	

LA COPA

Yo siembro las penas, las amarguras, el dolor y la desesperación por todas partes, arrastrando a los insondables abismos de la desgracia al hombre, a la familia, a la sociedad. El bebedor que me sostiene con su mano trémula no puede esperar de mí sino un hogar desdichado, una salud quebrantada y un sepulcro prematuro. Yo degrado sus facultades, apago en su corazón los más sagrados afectos hasta convertirlo en bruto. Los jóvenes que me beben pierden su delicadeza y se hacen despreciables a los ojos de la sociedad. Yo quebranto el corazón de la esposa, lo lleno de acíbar vertiendo en él los sufrimientos más horribles, y pongo sobre la frente de los inocentes hijos la marca infamante de la vergüenza. Yo me encargo de llenar a más no poder los orfanatorios, los asilos, los manicomios, los lazaretos y las cárceles.

Soy hija
legítima del
infierno: mi
amo es el diablo, y soy su instrumento vil de muerte y perdición.
Produzco todas las enfermedades y no curo ninguna. Soy la peste, la desolación y la muerte eterna.
Apartaos de mí como os apartarías de vuestro más formidable e implacable enemigo. No me bebáis.

Totalmente indexado.

LOTERIA

JULIO

PANAMA, R. DE P.

1951

AÑO X

No. 122

PUBLICACION MENSUAL DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Nota Editorial

Julio: Mes Simbólico para la Libertad

En el calendario político de América, Julio representa el mes simbólico de la libertad. Como una singular coincidencia, trascendentales movimientos populares han tenido lugar en nuestro continente dentro de los días del mes de Julio.

No nos proponemos en este comentario entrar en detalles sobre los sucesos recogidos por la historia y que han transcurrido dentro de este período del año. Tan sólo tratamos de destacar el hecho de que Julio ha sido, a través del tiempo, el punto más luminoso del calendario americano en razón de los acontecimientos de libertad que han acaecido en este mes.

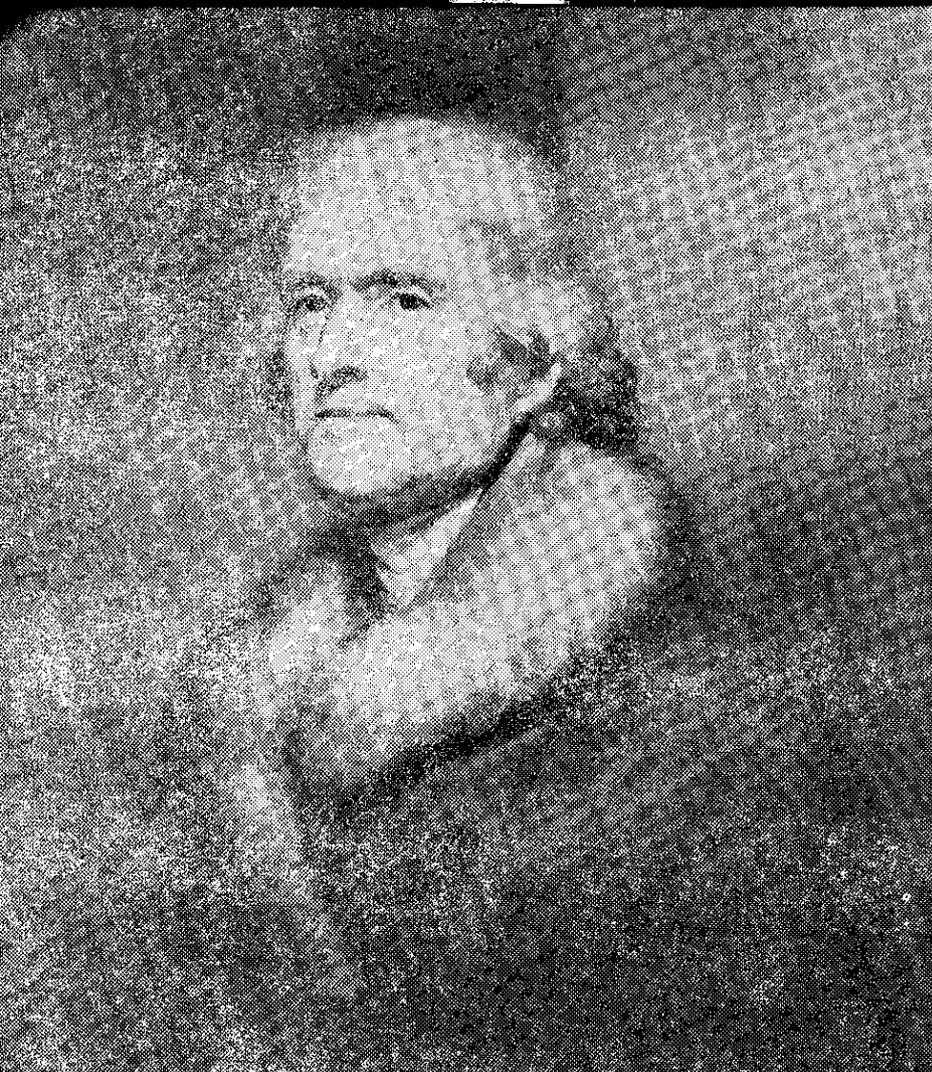
Basta una ligera observación histórica para encontrar que en Julio fué la Proclamación de la Independencia de los Estados Unidos de América, así como la de varias Repúblicas del Continente: Venezuela, Colombia, Argentina, Perú. Y como si esto fuera poco, en un lejano mes de Julio nació Bolívar, el genial Libertador.

Por otra parte la Revolución Francesa no se puede considerar de ninguna manera como un acontecimiento meramente europeo. Bien se sabe cuáles han sido sus repercusiones universales y, especialmente en América. De manera, pues, que entre las grandes efemérides de Julio, analizadas éstas con un criterio continental, la célebre Revolución Francesa debe incorporarse a ese magnífico conjunto de fechas que hacen del mes que finaliza hoy, un mes simbólico para la libertad de América.

La Revista "LOTERIA", consciente de su misión cultural, invita a los amantes de la historia y cultores de las letras para que aprovechen el tema: JULIO, MES SIMBOLICO PARA LA LIBERTAD, y penetren hondo en una investigación que sería muy saludable a las inquietudes de la juventud estudiosa de América.

116915 *indígena*

La Tierra y sus Pobladores



Este gran hombre de estado, tercer Presidente de los Estados Unidos, legó a la posteridad una valoración crítica de su propia actuación. El, que pudo con legítimo derecho haber reclamado, más, se limitó a decir que fue: "autor de la Declaración de Independencia y del estatuto de libertad de cultos para el estado de Virginia, y fundador de la Universidad de Virginia". El epitafio, escrito por Jefferson mismo, está esculpido en la lápida que cubre su tumba, cerca de su mansión de Monticello, estado de Virginia, hoy lugar de peregrinación de miles de admiradores.

Murió Jefferson en el quincuagésimo aniversario de la firma de la Declaración de Independencia. En aquellos críticos años él, uno de los más jóvenes entre los padres de la Revolución, coronó la labor tan gloriosamente iniciada por sus mayores. Su nombre resonó en Europa, y en Centro y Sudamérica, donde sirvió de inspiración a los que luchaban por la libertad. En los Estados Unidos, los hombres que atravesaron la cordillera llegaron al valle del Misisipi y conquistaron el oeste, alentaban la misma fe que antes que ellos sustentara Thomas Jefferson, para quien el más alto honor lo constituía su título de demócrata.

Los Estados Unidos de América son un país de vastas dimensiones y de ingentes distancias. Sólo la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la China, el Brasil y el Canadá le aventajan en extensión territorial. Ancha faja que atraviesa un continente, mide casi 4,800 kilómetros desde el Atlántico hasta el Pacífico, y 2,400 desde la frontera de México, al sur, hasta el Canadá, en el norte.

Vistos en un mapa en relieve, no son muchos los rasgos topográficos notables del territorio nacional; sin embargo, sus proporciones son imponentes; al este, los Apalaches, bajo cadena de montañas,

descienden gradualmente hasta los valles costaneros del Atlántico y el Golfo de México; al oeste, la vasta cordillera de las Montañas Rocosas se extiende desde el Canadá hasta México; entre este último sistema y los altos picachos que corren paralelos a la costa del Pacífico, hay una amplia cuenca llamada Intermountain Basin. A lo largo de la frontera con el Canadá, en la región central del Norte, se observa una característica geográfica sin par en el mundo: el sistema de los cinco Grandes Lagos que, en conjunto, contienen casi la mitad del agua dulce del globo. Sin embargo, la nota caracte-

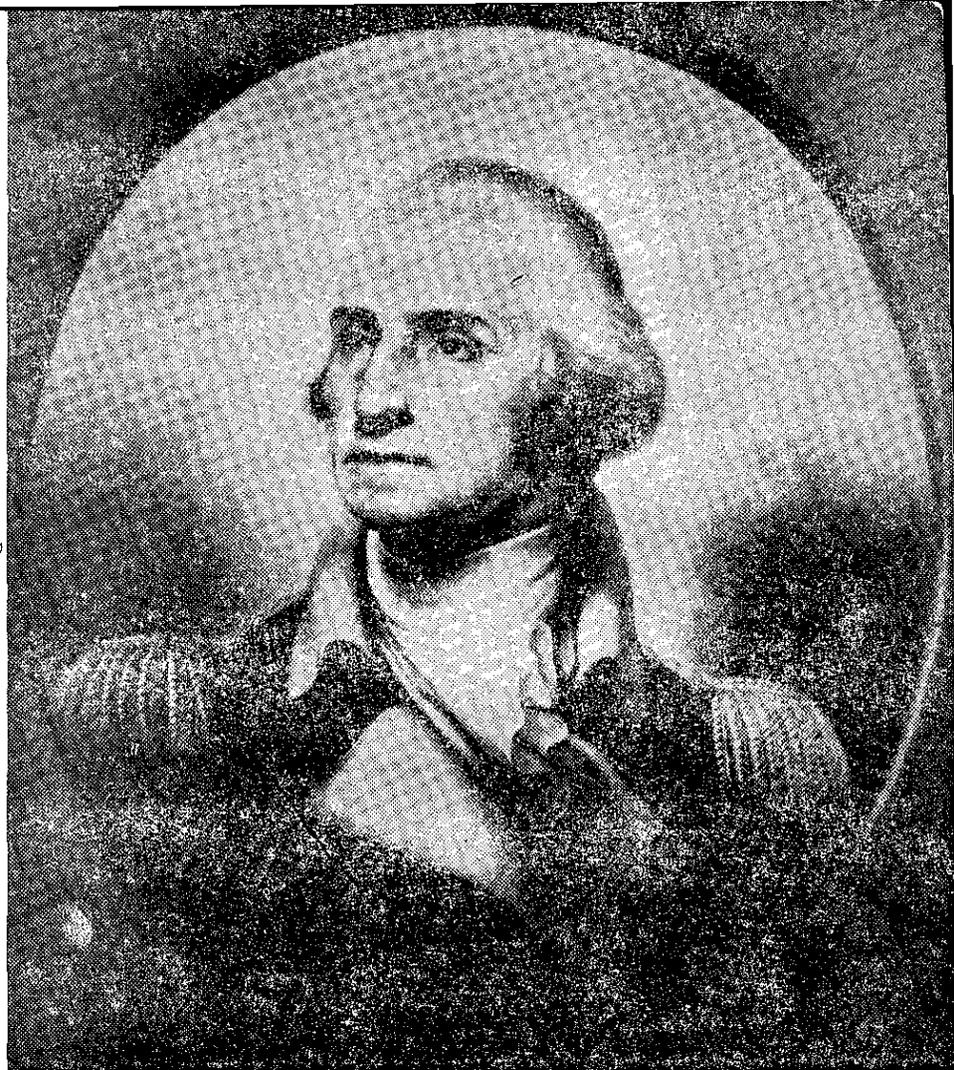
rística de la topografía nacional no es el inmenso litoral, ni las montañas, ni los lagos: es el vallo de suave declive entre los sistemas montañosos del este y el oeste, área formada por la cuenca del Misisipi y sus cuarenta principales tributarios, y que comprende una tercera parte del territorio de los Estados Unidos.

Ya dijo Henry Hudson, uno de los primeros exploradores en recorrer el país allá por el año 1609, que "el hombre no pisó nunca tierra más hermosa". Aquí las nevadas crestas de la gran Divisoria Continental y los inmensos bosques milenarios de las Rocosas; el espejeante desierto del Sudoeste y las lujuriantes sabanas del Sur; las soleadas praderas de la fértil región bañada por el río Misisipi y las verdes y onduladas colinas de la Nueva Inglaterra.

Muchos son los ríos de esta tierra. El majestuoso Hudson taja en la roca viva su carrera hacia el mar; el turbio Misuri serpentea por la llanura en busca del Misisipi, Padre de las Aguas; al noroeste, el anchuroso Columbia se abre cauce hasta el Pacífico, cruzando la cordillera; y así mil más:

*Este pueblo viene desde
muy lejos, y por lo que ha
recorrido juzga lo mucho
que le falta para llegar.*

Carl SANDBURG.
"The People, Yes."



el Apalachicola, el Chatahuchí, el Merrimac, el Monongahela, el Penobscot, el Potomac, el Illinois y el Ohio, que ostentan extraños nombres indios.

Grandioso es el espectáculo que ofrece la naturaleza: las atronadoras cataratas del Niágara se vuelcan en irisadas espumas sobre el abismo; el río Colorado apuñala la piedra abriéndole una herida de 1,500 metros; los hirvientes surtidores de los géiseres del Parque de Yellowstone lanzan sus aguas al cielo; en las cavernas de las Montañas Rocosas, fuerzas naturales esculpen caprichosos arabescos; los bosques petrificados del desierto central contrastan con las más antiguas formas vivientes, los gigantescos pinos de California que hace tres mil años desafían con sus copas enhiestas a todos los vendavales.

Tales las maravillas que atraen la visita de personas de todas partes del país. Sin embargo, para éstas no hay como el rincón querido donde tienen enclavados sus hogares y donde nacieron sus hijos.

* * *

El descubrimiento original de

Washington, en cuyo nombre se nombró a la capital de los Estados Unidos, fué General en Jefe de los Ejércitos Revolucionarios y primer Presidente de la nación. Parte tan notable tuvo en la creación de ésta, que ello le valió el título de Padre de la Patria. Acomodado terrateniente de la Virginia, fue, junto con otros hacendados del Sur, de los primeros en abrazar la causa de las Trece Colonias, y en tal empeño no tuvo un desmayo ni una vacilación. Al igual que Lincoln, era un innato dirigente de pueblos; pero mientras que la tradición destaca en el primero su hondo sentimiento de compasión y su calorosa simpatía humana, en el segundo señala la integridad de carácter y la austeridad del porte. Sin embargo, a medida que el curso de la historia cimienta la grandeza de Washington, resalta más y más su sorprendente y amplia visión de los destinos de la patria que ayudara a crear.

América se atribuye a los primitivos navegantes escandinavos. Cuentan las sagas de los vikingos que Leif, hijo de Eric el Pelirrojo, descubridor de Groenlandia, partió de Islandia rumbo a occidente en el año 1000, y desembarcó en un lugar que sus compatriotas llamaron Vinlandia. Créese hoy que después de Leif, pescadores portugueses, de cuyo nombre no se tiene memoria, lograron arribar a lo que se conoce por los grandes bancos de Terranova. Sin embargo, estos descubrimientos no tuvieron resultados prácticos; y América quedó olvidada hasta 1492, fecha en que las carabelas de Cristóbal Colón, en pos de una ruta occidental a las Indias, tocaron en el Nuevo Mun-

dido, y los guerreros españoles plan-

taron allí el pendón morado de Castilla, madre de los pueblos. Traía el Gran Almirante, según algunos historiadores, una carta de presentación de los reyes de España al Gran Kan, ante cuya corte pensaba acreditarse el descubridor. Mas no fue el monarca oriental quien le recibió, sino los aborígenes de un nuevo mundo, que algunos etnógrafos creen descendientes de primitivas tribus asiáticas que en épocas remotas pasaron a Norteamérica por el Estrecho de Bering y siguieron luego al sur buscando clima más propicio a la caza y a la agricultura. Estiman los historiadores que había escasamente un millón de estos seres de broncea tez en el territorio que hoy ocupan los Estados

Unidos, esparcidos desde la actual frontera septentrional hasta el Río Grande. Estos habrían de enfrentarse a las legiones conquistadoras que siguieron la ruta abierta por Colón, para disputarle inútilmente al hombre blanco el dominio de la tierra.

Tres decenios después, se habría explorado ya gran parte del litoral del Atlántico, cruzado el Istmo de Panamá, y descubierto el Pacífico. Magallanes circunnavega el globo y su hazaña sirve para aclarar la relación geográfica de las Américas con el mundo conocido. Tres centurias y media, sin embargo, habrían de transcurrir aún antes de que se completase el mapa de aquella vasta región del Nuevo Mundo que hoy llamamos los Estados Unidos de América.

El italiano Giovano Cabotto, quien navegaba al servicio de Inglaterra, fue el primero en acometer la tarea, y el primero también, después de Ericson, en tocar tierras de Norteamérica. En su descubrimiento de 1497 halla Inglaterra la base jurídica para reclamar derechos de propiedad sobre el continente; reclamación que más tarde recibe nuevo apoyo en las exploraciones de Francis Drake en el litoral del Pacífico, y en los viajes del capitán John Smith, primer colonizador de la costa central del Atlántico.

En la querella que se originó triunfaron los ingleses sobre los rivales que les disputaban el dominio de aquel vasto territorio del Nuevo Mundo. El hecho ha dado margen a una interpretación torcida del desarrollo de la colonización de los Estados Unidos, interpretación que reduce la importancia de la obra de otras naciones, en menoscabo de la perspectiva histórica.

Esta nos enseña que cuando los peregrinos llegaron a la costa del Atlántico para fundar en 1607 la primera colonia inglesa en Jamestown, Virginia, ya los conquistadores españoles habían explorado vastas regiones de Norteamérica: en 1513 Ponce de León descubre la Florida; en 1541 Coronado cruza las grandes praderas del oeste; en ese mismo año sale del Golfo de México el infortunado Hernando de Soto y penetra tierra adentro, para encontrar la muerte en las turbias aguas del Misisipí.

Mientras los españoles se aden-

traban por el sur, los franceses, que también reclamaban derechos a base de las exploraciones de Jacques Cartier en 1535 y 1536, se internaban por el nordeste, buscando el cauce del río San Lorenzo y del Misisipí, o las rutas navegables de los Grandes Lagos. El Padre Marquette y el explorador Joliet exploran en 1673 el Misisipí hasta la mitad del curso. Diez años después, Roberto Cavelier de La Salle logra llegar hasta la desembocadura del río. En estos dos viajes halla Francia fundamento para establecer sus derechos de conquista sobre el valle central del Misisipí, que constituye el corazón del territorio de los Estados Unidos.

Podría señalarse una fundación de españoles por cada establecimiento inglés. Van aquéllos gradualmente extendiendo su frontera de fortalezas y misiones católicas en la Costa del Golfo de México y en las márgenes del Río Grande. Los franceses, por su parte, establecen una tras otra numerosas factorías peleteras a lo largo de las rutas fluviales del interior; los holandeses fomentan las colonias que habían fundado a orillas del Hudson y del Delaware; y en la costa del Pacífico, los rusos siguen la ruta que trazó Bering desde la Siberia a Alaska, y llegan por el litoral del Pacífico hasta California, donde establecen factorías de pieles.

Por lo anterior se ve, pues, que el territorio de los Estados Unidos no lo exploró y colonizó una sola nación, sino muchas. Al hacerlo trajeron también rencillas políticas y conflictos económicos a las posesiones de ultramar. Eran éstas a manera de piezas en el juego de rivalidades y ambiciones de reyes y emperadores, juego que a la postre ninguno de ellos habría de ganar.

Inician los Estados Unidos su vida nacional el 4 de julio de 1776 cuando las Trece Colonias inglesas declaran rotos los nexos con la madre patria. A este grito de libertad sigue una cruenta guerra de siete años durante los cuales el Ejército Revolucionario, improvisado por los patriotas y dirigido por Jorge Washington, lucha con tesón heroico hasta lograr la victoria. La alentaba y mantenía la fe en los hombres que habían com-

prometido "vida, hacienda y hon-

nor" en la noble causa de la libertad. En 1789, la joven república, que abarcaba sólo el territorio al este del Misisipí y al norte de la Florida —mucho menos que las tierras dominadas entonces por otras naciones en el continente americano— se da una Constitución, y no habría de transcurrir mucho tiempo antes de que los Estados Unidos establecieran la contigüidad de su dominio desde el Atlántico al Pacífico.

Aun antes de la revolución comenzaron las naciones europeas a consolidar sus respectivas conquistas en aquella parte del Nuevo Mundo. Mas efímero habría de ser su dominio. En 1664 Nueva Holanda pasa a ser Nueva York; en 1763, al finalizar la guerra contra franceses e indios, Francia cede a la victoriosa Inglaterra los derechos de conquista sobre el territorio situado entre la meseta de los Apalaches y el Misisipí.

En 1803, los Estados Unidos compran a Francia la Luisiana, región comprendida entre el Misisipí y las Montañas Rocosas; y dieciséis años después, España les vende la Florida. En 1848, tras la guerra con México, la región del sudoeste, gran parte del valle situado entre las Montañas Rocosas y la Sierra Nevada, y la franja costanera de California, pasan a formar parte del territorio nacional. Algunos años después, los Estados Unidos compran tierras a México para fijar en una recta la frontera con esa nación vecina. En 1846 se firma un tratado con Inglaterra, en virtud del cual ésta abandona los derechos que alegaba tener sobre territorios del noroeste y así queda fijada definitivamente la frontera septentrional con el Canadá.

Mas la adquisición de nuevo territorio no trae consigo la unidad nacional. Fueron más bien designios de la fortuna los que hicieron que en el momento oportuno se tomaran ciertas decisiones que aseguraron el desarrollo de una nación en lugar de varias. La Guerra Civil que estalla en 1861 y dura cuatro años, lanza a Norte contra Sur y constituye la prueba suprema de la firmeza de aquella unidad. La contienda habría de resolverse si los estados podrían retirarse de la Unión para constituirse en naciones soberanas. Triunfa el

Norte y la Unión queda firmemente establecida: una unión compuesta hoy de cuarenta y ocho estados que rinden acatamiento a un poder central denominado Gobierno Federal.

Las trece colonias originales constituyen los primeros estados de esa Unión; los otros se van creando de los territorios que aquellas colonias adquirían, o que se incorporaban luego al patrimonio nacional.

La emigración al oeste da comienzo aun antes de terminarse la revolución. Dura más de un siglo y constituye un fenómeno migratorio sin paralelo.

Exploradores y agrimensores — entre estos se contaba Jorge Washington en su juventud— iban abriendo la senda a los colonizadores que venían detrás, desde las fundaciones del Atlántico, cruzando la cordillera. Para ellos la tierra era un claro en el bosque donde el hombre pudiera enclavar una casa y labrar un huerto propio, sin rendir pleitesía a ningún señor. La corriente migratoria, encabezada por los viejos colonos originales, iba abriéndose paso; a ella se unía, año tras año, un grupo cada vez mayor de emigrantes europeos.

Una de estas olas migratorias baja desde la Nueva Inglaterra y el Canadá, siguiendo la ruta del norte a lo largo de los Grandes Lagos, otra parte de los estados centrales del Atlántico y entra en el valle del río Ohio; una tercera sale de las montañas de Virginia y Tennessee a buscar la región al norte del Ohio; y finalmente una cuarta, compuesta de hacendados del Sur con sus esclavos negros, abandona la tierra prematuramente agotada de la costa del Atlántico y levanta arrozales y algodones en la fértil delta del Misisipí.

El descubrimiento de oro en California, acaecido en 1848, acelera el ritmo de la expansión hacia el oeste. Largas caravanas de "goletas de las praderas" —como llamaban los exploradores a las carretas entoldadas y tiradas por bueyes en que viajaban— cruzan las llanuras situadas entre la cuenca del Misisipí y la cordillera; repechan las escarpadas veredas que dan acceso a las Montañas Rocosas, vadean ríos crecidos y, atra-

vesando el desierto, llegan finalmente al Pacífico.

Los descendientes de los primitivos colonos, tentados por la fertilidad de las tierras vírgenes, reanudan la marcha al oeste a tiempo que venden sus haciendas a miles y miles de nuevos inmigrantes.

En los primeros años, la mayoría de los inmigrantes procedían de las naciones del norte de Europa: las Islas Británicas, Noruega, Suecia, Alemania y Holanda, y estaban relacionados con los primeros que llegaron a la costa del Atlántico. Gradualmente, el número de emigrantes de España e Italia, el antiguo Imperio austríaco, los Balcanes y Rusia, sobrepasó al de los que llegaban del norte de Europa y, cada vez en mayor número, entraban en las fábricas del norte industrial. Muchos —especialmente alemanes, escandinavos y eslavos— no se establecen en las poblaciones del este sino que se unen a aquéllos que tomaban asiento en las tierras no parceladas, abiertas a la colonización en el oeste desde mediados del siglo XIX.

El comienzo de la guerra mundial de 1914 señala el cierre del período de colonización e inmigración. La importancia de éste podrá apreciarse con un simple dato: 35,000,000 de europeos entraron en los Estados Unidos en el curso de los cien años de la expansión que termina en 1914.

* * *

El anterior breve resumen de la épica gesta de la conquista de la tierra y del desarrollo de una nueva nación, servirá a manera de prólogo a la visión de lo que son hoy los Estados Unidos de América: nación de más de 130,000,00 de habitantes compuesta de casi todas las razas y nacionalidades que pueblan el orbe. Al presentar estas "estampas" de los Estados Unidos lo hacemos por regiones, método necesariamente artificioso, ya que violenta la unidad del conjunto. Porque, pese a la infinita variedad del escenario de la vida norteamericana, la nación es un todo homogéneo: su gente no extraña lugar alguno de ella. Acaso más que en ningún otro sitio, sus habitantes hablan el mismo idioma, un inglés al que han impreso cierto carácter americano; leen los mismos libros, revistas y periódicos; escu-

chan los mismos programas de radio; se ocupan en las mismas actividades sociales; están afiliados a uno u otro de los dos grandes partidos políticos, y se valen de las mismas artes en la lucha cívica. Para divertirse, ven las mismas películas cinematográficas, se dedican a los mismos deportes, y leen las mismas "tiras cómicas".

Mas sobre todo se destaca el valor del común patrimonio histórico y cultural. Este se mantiene vivo gracias, en gran parte, al sistema de instrucción pública que sigue un plan general de estudios. Y así todos rinden honor a los mismos héroes: Benjamín Franklin, Patrick Henry y Thomas Paine, Jackson y Lincoln, entre los grandes hombres de estado; Grant y Lee, entre los generales. Son héroes populares los exploradores del oeste Daniel Boone y Davy Crockett, los escuchas de las praderas Kit Carson, Jim Bridger y Jedediah Smith.

Cantan los americanos las mismas canciones: dolientes melodías de Stephen Foster; spirituals o salmos semilitúrgicos de los negros; marciales compases de Yankee Doodle, el Himno de la Batalla de la República, y Oh, Susana: el primero, clarín de la Revolución, el segundo, marcha militar de la Guerra Civil, y el tercero, canto que acompañó a las "goletas de las praderas" en su peregrinación al oeste. Hay todavía otra: Dixie, la canción folklórica del Sur, que hace vibrar estremecida el alma del pueblo. Finalmente, las poesías que repiten de memoria están escritas en sonoras estrofas, que exaltan el destino nacional en términos de la humana fraternidad.

Esta comunidad de intereses espirituales y materiales no obsta, sin embargo, para que el habitante de la región de la Nueva Inglaterra, el cowboy o vaquero de Arizona, el agricultor de Middle West, y el hacendado de los algodones del Sur, vivan en forma que a cada cual le es característica.

Enfocaremos primeramente el objetivo sobre Washington, la capital; pasaremos después a los viejos estados de Nueva Inglaterra, que tan poderosamente han influido en la cultura del país; abarcaremos luego el panorama del Este Metropolitano, que da acceso al corazón del valle industrial; luego dirigiremos la cámara al Middle

West, los estados agrícolas del valle del alto Misisipí; bajaremos al Sur, al sur legendario de las tradicionales haciendas y al nuevo sur donde el vasto programa de obras públicas transforma eriales y pantanos en tierras de labrantío.

Trazaremos con la cámara un gran arco que alcance hasta el Río Grande para abarcar una de las regiones más pintorescas de América: el Sudoeste, tierra del cowboy y del indio, escenario de las llanuras áridas y de ingentes montañas, suelo de misiones católicas

y de primitivas aldeas indias. La cámara recogerá también una fugaz visión de la esplendente belleza de los estados de la región de las Rocosas.

Finalmente, aparecerá la costa del Pacífico: Los Angeles, San Francisco, Portland, Seattle. Allí detendremos la cámara para enfocarla lente sobre una de las obras más imponentes del hombre: la presa del Gran Coulée, que refresca las aguas tumultuosas del Columbia.

Abramos, pues el álbum de estampas de una democracia: visión de la tierra y el pueblo que forman estos estados unidos en los que, para decirlo en las magníficas y proféticas palabras del gran poeta Walt Whitman, "pasado y futuro se confunden portentosamente en el presente... Y así como el pasado fue grande, glorioso será el porvenir".

"Estampas de una Democracia"
Washington, D. C.



QUIERE USTED COMPROBAR CUAL ES SU CARACTER?

Tal vez usted que no hay espectáculo más aburrido que una conferencia; pero a base de un programa de conferencias puede usted comprobar cuál es su carácter. Veamos: a continuación hemos redactado el programa de un curso de conferencias sobre temas bastante heterogéneos. Léalo usted detenidamente, marque con una cruz aquellas a las que asistiría usted y con otra las que no atraen su atención. La suma de los puntos "sí" y la de los puntos "no" arrojará un total que servirá para establecer la comprobación de su carácter.

La pintura holandesa	sí (0)	no (5)
Los caricaturistas franceses	sí (4)	no (1)
Las corrientes políticas modernas	sí (4)	no (1)
La civilización de los Incas	sí (0)	no (5)
Las aves de presa europeas	sí (2)	no (3)
La historia de la civilización	sí (0)	no (5)
El amor	sí (5)	no (0)
El arte de hablar bien	sí (4)	no (1)
Las aves de presa europeas	sí (2)	no (3)
cultura física	sí (3)	no (2)
La filosofía de Santo Tomás	sí (0)	no (5)
Cómo comprender a Beethoven	sí (0)	no (5)
El arte de triunfar en la vida	sí (4)	no (1)
Paseos "botánicos"	sí (1)	no (4)
Cómo divertirse en sociedad	sí (5)	no (0)
El porvenir de la televisión	sí (5)	no (0)
Las matemáticas puras	sí (2)	no (3)
Las religiones asiáticas	sí (0)	no (5)
La química para todos	sí (3)	no (2)
El conocimiento del firmamento	sí (1)	no (4)
El arte de escribir bien	sí (4)	no (1)

(Respuesta en Pág. 24)

El País

Asilante

Tiene la

Ultima Palabra

•
POR EL

DR. ERASMO DE LA GUARDIA,

Presidente de la Corte Suprema de Justicia.

•
P. JUDICIAL. TOTALITARISMO.

—Qué piensa Ud. del Poder Judicial en los regímenes democráticos y en los totalitarios?

—En brevísimas palabras expondré mi pensamiento. A mi modo de ver, el Poder Judicial representa el mejor termómetro del grado de democratización de un pueblo: en la medida en que aquél es independiente, amén de imparcial y probo, desde luego, éste se rige democráticamente. El hombre es libre en cuanto sólo tiene que obedecer a las leyes y no a los hombres, según el concepto de Kant, y ese ideal de libertad, que es también de democracia, está estrechamente vinculado con la existencia de una administración de justicia imparcial y ajena a presiones e influencias. Visto el asunto en otra forma, la cuestión que se me plantea envuelve en el fondo el conflicto entre el derecho y la fuerza, entre los imperativos de la sociedad legalmente organizada y el poderío material. Por lo común los tribunales no cuentan ni con un algaquil para hacer cumplir sus fallos. En las democracias éstos se cumplen porque deben cumplirse. Eso explica que los regímenes totalitarios tiendan inevitablemente a anular el Poder Judicial.

• LOTERIA

116977
Podestá

El Licenciado Erasmo de la Guardia, Magistrado de sólida cultura jurídica, es el Magistrado más joven que haya llegado a la Presidencia de nuestra Corte Suprema de Justicia. Tiene 42 años y hace siete meses que ejerce la Presidencia del más alto Tribunal de Justicia de la República. Se ha singularizado por su austeridad y por su independencia de criterio defendiendo la Constitución y las leyes. En una entrevista especial concedida a la Revista Istmiana. "Revista de Guatemala para toda la América", en su tiraje correspondiente al mes de Junio, se expresó en los siguientes conceptos:

LA CORTE INTERNACIONAL
Y LA ENTREGA.

—La Corte Internacional de Justicia puede ordenar la entrega del perseguido político al gobierno que lo persigue?

—Yo considero que el Tribunal Internacional no tiene la facultad específica a que se refiere la pregunta. Lo considero así en vista de los documentos de constitución de dicho Tribunal y de la finalidad y propósitos de éste. Su función consiste en decidir controversias, dilucidando las cuestiones de derecho internacional que se le planteen: en punto a medidas o determinaciones concretas sólo podrá indicar las que deban tomarse provisionalmente. Para todos los efectos, sin embargo, la carencia de esa facultad prácticamente nada significa, puesto que los fallos del alto tribunal expresarán a cuál de las partes asiste el derecho respecto a cada punto; y esos fallos son obligatorios y deben cumplirse de buena fe, según lo expresa el autor Podestá Costa.

CALIFICACION UNILATERAL.

—La calificación del delito imputable al asilado debe ser necesariamente bilateral?

—No es, a mi juicio, bilateral la calificación del delito. Esa calificación le corresponde hacerla, de conformidad con la Convención de Montevideo sobre el asilo político, al país asilante; pero en lo que atañe a los países que no están obligados por ese pacto internacional, es decir, a la luz de la situación que se presenta en la América con anterioridad a dicha convención, la calificación debe hacerla el país asilante sujeta a los reparos u oposición del Estado territorial, que aquél luego resolverá si acepta o no, quedando a éste el recurso de someter el asunto a un tribunal competente para decidir la controversia. En síntesis, el país asilante tiene la primera y la última palabra. Esta forma de calificación no es bilateral sino unilateral; tampoco es, sin embargo, definitiva, irrefragable, absolutamente obligatoria, salvo que el Estado territorial se abstenga de recurrir contra esa calificación.

PAGINA 9

1169119
Indicada

BEETHOVEN

Ningún artista ha encendido tanto la fantasía de los hombres como Beethoven. Su bibliografía es cuantiosa; su vida fué dramatizada en el teatro y la pantalla. A qué se debe la resonancia tan profunda de su personalidad? Es porque hace vibrar en cada uno de nosotros una cuerda emparentada con su rica gama emotiva? Es porque expresó lo que todos anhelamos? Es acaso porque admiramos su gigantesco esfuerzo, su titánica energía, su voluntad inquebrantable, su temperamento ciclópeo que, en búsqueda eterna, se creó sus propias leyes vitales y artísticas, o bien porque tenemos compasión de la horrible tragedia de este ser atormentado?

Dos rasgos fundamentales caracterizan la vida y la obra de Beethoven: libertad y soledad.

Para lograr la primera tuvo que ser revolucionario; para no perecer en la segunda, tuvo que amar.

Cuatro focos principales nos alumbran el árduo sendero que conduce a su alma inmensa; las obras, las cartas, los "cuadernos de conversación", documento con proveedor de once mil páginas escritas entre 1816 y 1827, el año de su muerte, por medio de las cuales el artista sordo se mantuvo penosamente en contacto con el mundo; y otro documento, finalmente, no menos emocionante: el diario íntimo.

Cuanto más se busca en estas fuentes, más se confunden las impresiones, y más contradictorios aparecen sus perfiles, al igual que en muchos genios. Un hombre como él que lleva el universo en el alma no puede parecer dos veces el mismo. Su ser de una sensibilidad inimaginable, de una fanta-

el
rebelde
solitario

●
POR
KURT PAHLEN
●

sía que el vulgo considera hiperbólica y de reacciones inconcebibles para el hombre rutinario, es algo como una piedra preciosa cuyas mil facetas brillan diversamente, conforme a la luz momentánea que las hiere. Quién se atreve a decir: "Yo lo conozco, yo lo comprendo"?

Luis van Beethoven nació el 16 de diciembre de 1770, en Bonn, a orillas del Rhin. Fué hijo de un tenor mediocre, con más vicios que virtudes, y de una cocinera, alma generosa a la que amó con devo-

ción. Temprano se muestran en él las primeras inquietudes musicales: en 1778 su padre, ansioso de imitar el ilustre ejemplo de Mozart, lo presenta en público, asignándole en los anuncios "seis años de edad" en vez de los ocho que realmente tiene.

En 1783 edita sus primeras obras, fruto de serios estudios con un buen maestro, Cristián Neefe (1748-1798), a quien Beethoven debe mucho por haberle abierto el mundo de Bach, orientándolo además en las obras de Haydn, Mozart y Clementi. En la carátula de esta primera obra subsiste el "error" sobre la edad y entra de esta manera también en un llamado periodístico que su maestro publica a fin de allegar fondos para un viaje de estudios del joven compositor, que carece por completo de medios propios.

Bonn tenía una sociedad culta y un buen teatro, y la vecindad con Francia facilitó la importación de las ideas nuevas. De esta manera asiste Beethoven de cerca al desarrollo de la revolución que ha de ejercer un dominio entusiasta en toda su personalidad, como también la teoría de Rousseau del "retour a la nature" deja sus huellas en el alma sensible del joven. La democracia será siempre su ideal político y se patentiza en sus composiciones musicales. Lo que escribe es música para el pueblo entero, no más para una casta; es el arte al alcance de la comunidad, cuyos ideales quiere expresar. Beethoven es el primer artista libre e independiente; no el empleado musical del feudalismo, como Bach y Haydn. El alcanza la meta antes la cual sucumbió, quebrantado Mozart. Es el primer creador que escribe la música tal cual la siente, rompiendo donde le parece necesario, todas las leyes teóricas. Sus problemas profundamente humanos los que le inspiran sus obras, muy distintas ya de la "música de peluca empolvada".

Su ardiente anhelo de libertad y verdad se expresa claramente ya en aquellos días juveniles de Bonn cuando escribe en el diario íntimo el lema de su vida: "Hacer todo el bien posible, amar la libertad por encima de todo y no sacrificar nunca, ni siquiera frente a un trono, la verdad".

El llamado de Neefe en favor de su discípulo tiene éxito. Así ve-

mos al joven Beethoven emprender su viaje al Danubio en 1797. Viena se había convertido en la meca de la música de la antigua ciudad; abundantemente de la elevada cultura musical de la antigua ciudad; aquí la música era parte esencial de la vida social. No había fiesta sin buena música, no había palacio sin su orquesta y música de cámara, en las cuales participaban los buenos aficionados. Poco sabemos de este primer viaje; parece que llegó a tocar ante Mozart, quien habría reconocido su talento. Mas, a las pocas semanas el joven fué requerido en Bonn, a causa de la muerte de su madre amada, luctuoso accidente que empeoró la situación doméstica de la familia.

Abandonada la idea de una carrera brillante e internacional, Beethoven piensa obtener algún empleo musical en Bonn, pero el destino lo decide de otra manera. En 1792 pasa el famoso Haydn por la ciudad, como vimos en el correspondiente capítulo, y esta visita cambia completamente la vida de Beethoven, haciendo revivir sus ambiciones artísticas. Un hombre noble, aristócrata de sangre y de espíritu, el conde de Waldstein, le facilita otro viaje a Viena, acompañando el valioso regalo con una epístola en la cual figuran las célebres palabras: "...recibirá Ud. en Viena, el genio de Mozart (que acaba de fallecer) de las manos de Haydn". Pero Waldstein no se limita a esto; fueron sus cartas de recomendación las que abrieron al joven músico alemán los círculos más distinguidos, cultos y aficionados de la metrópoli austriaca, en las cuales no han podido entrar ni Mozart ni Schubert en toda su vida. La aristocracia vienesa apoya a Beethoven de manera decisiva y este dato es digno de destacarse muy especialmente por el abismo que existía entre el origen y las ideas de ambas partes. Beethoven no vaciló en sus creencias políticas; frente al archiduque Rodolfo, su amigo y alumno, las reafirmó: "La libertad y el progreso constituyen la finalidad del arte, como lo son de la vida entera". Los grandes revolucionarios son sus ídolos: consagra una obertura de Prometeo, prototipo y símbolo de la libertad, y dedica a Napoleón su TERCERA SINFONIA; pero cuando se entera de la coronación de su héroe desgarró furioso la dedicatoria exclamando:

"No es más que un hombre ordinario también él. Ahora pisoteará todos los derechos del hombre para satisfacer sólo su ambición; se pondrá por sobre todos y se convertirá en tirano..." Y estampa un nuevo título: SINFONIA HEROICA PARA CELEBRAR EL RECUERDO DE UN GRANDE HOMBRE.

Apesar de todo, cuenta Beethoven desde el primer día con la incommovible admiración de los círculos más elevados de la ciudad imperial. Sus amigos de la alta aristocracia le facilitan la edición de sus obras, apenas las acaba de terminar; organizan conciertos para darlas a conocer.

En 1795 había dado su primer concierto en Viena, como pianista. Pero ya al año siguiente empezó la terrible dolencia que le robó la tranquilidad por el resto de sus días, la horrenda tragedia que ensombreció su carácter: la sordera. Imaginemos un solo instante lo que significa este martirio para un músico y sobre todo para un compositor que busca constantemente innovaciones y se halla condenado a no oír nada de sus propias obras. Podemos aseverar que la forma que dió a sus composiciones expresan fielmente lo que quiso transmitir en ellas? De esta incertidumbre proceden ciertos famosos "retoques", muy discutidos por cierto, intercalados en algunas de sus partituras, ante todo en la NOVENA SINFONIA, por Wagner y Mahler, arguyendo que a no ser por su sordera y el estado atrasado de algunos instrumentos de cobre en aquella época, el propio autor habría efectuado estos cambios.

Después de la primera crisis que lo lleva al borde del suicidio, empieza la lucha titánica de Beethoven contra su destino, el encarnizado combate heroico contra su enfermedad que será coronado por la más gloriosa victoria: su obra. Parece increíble: toda su producción musical, con excepción de las pocas composiciones escritas antes de 1796, es obra de Beethoven enfermo, del Beethoven sordo. "Sólo soy feliz cuando venzo una dificultad", expresa el luchador rebelde en su diario íntimo. Sin embargo, la creciente soledad que se levanta en torno a él a causa de su dolencia es una prueba cruel. Como todos los grandes solitarios, siente un fuerte anhelo de comu-

nicación con sus semejantes, que mil desilusiones no consiguieron debilitar; atesora una ingente capacidad de amor que encuentra su expresión en uno de los documentos más enternecedores que tiene el mundo, su testamento del año 1802, llamado de Heiligenstadt por el suburbio vienés donde fué escrito.

"Oh, vosotros hombres, que me creéis hostil, reacio y misántropo, cuán injustos sós conmigo! Ignoráis la oculta razón de que os parezca así. Mi corazón y mi espíritu estuvieron inclinados desde mi infancia a los dulces sentimientos del amor. Dotado de un temperamento ardiente y activo, fácil a las distracciones de la sociedad, debí apartarme de los hombres en temprana edad, pasar mi vida solitario. Si algunas veces quise sobreponerme a todo, oh cuán duramente chocaba con la triste realidad renovada siempre de mi mal. Y sin embargo, no me era posible decir a los hombres: Hablad más alto, gritad, que soy sordo. Perdónadme si me véis retroceder cuando más quisiera mezclarme con vosotros. Cuán humillante cuando alguien, junto a mí, oía una flauta lejana y yo nada oía, o cuando alguien oía cantar al pastor y yo nada oía. Estas experiencias me llevaron al borde de la desesperación y poco faltó para que yo mismo pusiera fin a mi vida. Sólo el arte me contuvo. Parecíame imposible abandonar este mundo antes de llevar a cabo lo que me sentía obligado a realizar"... Y así transcurrió esta vida miserable, verdaderamente miserable, un cuerpo tan irritable que el menor cambio me puede arrojar del estado mejor al peor... Oh Dios, tú miras desde lo alto hasta el fondo de mi corazón, y lo conoces, sabes que en él moran el amor y la abnegación. Vosotros, mortales, si llegáis a leer estas palabras, pensad que habéis sido injustos conmigo y que el desventurado se consuela al encontrar a otro desventurado como él, que a pesar de todos los obstáculos de la naturaleza, hizo cuanto estaba a su alcance para ser admitido en el rango de los artistas y de los hombres de elección".

Beethoven, recibido en los salones de Viena y admirado por los hombres más cultos de un ambiente elevado, se abstiene poco a

poco de todo contacto social. No es su soledad, pues, la de Mozart en sus años postreros, que era olvido vergonzoso del mundo: ni la soledad de Schubert, cuando éste se refugió en su vida irreal. Pero no son necesariamente solitarios todos los genios? "Para mí —confiesa Beethoven en 1812 a su diario íntimo— no hay más felicidad que la que reside en mí mismo, en mi arte. Dios mío! Dadme fuerza para vencerme, y que nada me ate a la vida".

Muchas tentativas se han hecho —diría que demasiadas— por indagar los sentimientos de Beethoven y develar el misterio de su vida en relación con la mujer. El mismo no dejó casi ningún indicio, salvo una nota de 1817, que reza: "Sólo el amor, sólo él, puede darnos una vida más feliz. Oh Dios, déjame hallar por fin este amor que fortalece mi virtud, séame permitido sentirlo mío". Y las famosas palabras de la "amada inmortal" que lleva la dedicatoria de un manuscrito de música. Existen tres bellísimas cartas de amor de su mano cuya destinataria no se conoce con certeza. Todo parece indicar que la gran pasión de su vida fué Teresa Brunswick y no Julieta Giucciardi, como se creyó por mucho tiempo. Pero ninguna de estas mujeres, ni otras cuyo nombre se enlaza de algún modo a la vida sentimental de Beethoven, llegó a ser la camarada del solitario; ninguna llegó a redimir su cuerpo y su alma con el sacrificio de la propia vida, como Senta en la leyenda del Holandés errante.

Como todos los solitarios ama profundamente a la naturaleza. En más de un concepto ésta reemplaza en su espíritu a la confesión religiosa. Lógicamente su sentimiento religioso no puede ser análogo al de un Bach, y él mismo lo expresa, en su diario, con palabras del gran filósofo Kant: "La ley moral en nosotros, y el firmamento estrellado por encima de nosotros". Y cierta vez que le entregan una copia de su FIDELIO con la frase rutinaria que se estampaba al final de cada obra "Con la ayuda de Dios", comenta: "Oh, hombre, ayúdate a tí mismo!"

Largos paseos lo llevan a los suburbios, a los bellos bosques que circundan la ciudad; allá, lejos de los hombres, encuentra paz e inspiración. Apenas apunta la pri-

mavera, se traslada a una casita fuera de los muros de la capital. En su Sexta Sinfonía llamada la PASTORAL, concentra todo su amor por la naturaleza en un hermosísimo cuadro campestre: en sus tonos murmuran los árboles y cantan los pájaros a la vera del arroyo cristalino; impresiones alegres para todos los que la oyen, recuerdos melancólicos para su creador, que desde mucho tiempo ha dejado de oír los sonidos del mundo.

Los biógrafos de Beethoven — como casi todos los musicólogos en general— afirman que existe íntima relación directa entre la vida y la obra de los grandes creadores. Yo dudo de esto. Dónde está esa relación, por ejemplo, en el caso de la obra más grandiosa de Beethoven, la NOVENA SINFONÍA? Jamás fué escrito júbilo tan delirante como aquel que desencadena Beethoven en el ditirámico final de la obra, donde rompe todas las reglas y tradiciones sinfónicas para sumar la voz humana a las múltiples voces de la orquesta. Y veamos una página emocionante del calendario que usó en el mismo año de la creación de esta obra (1823), traduzco, entre las muchas pruebas de miseria allí contenidas, un solo renglón que dice: "Del primero al seis 9 de junio, qué tiempo miserable! no tengo qué comer...". No, la relación entre la vida y la obra de los genios es mucho más complicada que la de un simple reflejo. Qué pobre sería aplicar la fórmula: época triste, obras melancólicas — suerte en el amor, obras felices! Las creaciones del genio nunca provienen de lo externo, sino de una vida interior, intensa e independiente, donde convergen mil imágenes misteriosas. Con esto no quiero decir que el genio sea incapaz de experimentar sufrimientos por tener esta "capa protectora" de la segunda vida, ni de sentir alegrías; por el contrario, sí puede y con toda la intensidad de los seres extraordinarios. Pero el dolor y el goce estación final para el hombre común, son en el genio el punto de partida hacia la creación.

Al avanzar los años recrudece su mal y se agudiza su soledad. Las guerras napoleónicas han provocado sensibles cambios en la vienesa; han desvalorizado las antiguas for-

tunas, han expulsado a muchos de los amigos de Beethoven; algunos de sus antiguos protectores han muerto. La casta de los nuevos ricos, como siempre en estos casos, necesita cierto tiempo para poder alcanzar el alto nivel cultural de la anterior.

La música popular inunda a las clases sociales, uniformándolas en el ritmo mecedor del vals vienés. Los entusiastas de la ópera italiana que nunca habían desaparecido de la ciudad, coincide con todo fervor en su antigua pasión al llegar a Viena el "cisne de Pesaro", de Rossini, olvidando cada vez más a Beethoven.

La miseria en su hogar se agrava de día en día. Y para dar una idea de las minucias a que debía descender, por sarcasmo de la suerte, el espíritu del genio, trasladó a su diario unas breves líneas donde consta su lidia con las criadas.

Y las mismas manos que apuntan estas miserias, escriben página tras página. En cada una de sus obras busca nuevos caminos, rompe una cadena de la tradición. La severa forma, tan cuidadosamente mantenida por Haydn y Mozart, se desgrana más y más en sus manos, y el nuevo contenido, las ideas rebeldes, crean nuevas formas musicales. Su estilo musical acusa una profunda evolución en sí mismo. Beethoven es el verdadero puente entre el clasicismo o el estilo galante al cual pertenecen aun claramente las primeras obras, y el romanticismo, en el cual el contenido determinará la forma. La libertad absoluta con que maneja las leyes teóricas lo llevan al punto de incluir las voces humanas en su NOVENA SINFONÍA, como vimos, cuando ya no le alcanzan los medios instrumentales para expresar el universo de sus ideas, el himno de la alegría, el jubiloso canto de la humanidad unida en un abrazo fraterno y conmovedor. Esta libertad lo lleva a aumentar o disminuir el número de movimientos en las formas cíclicas del TRISTAN. Estas obras de música de cámara, numeradas como opus 130 en adelante, son de difícilísima comprensión; a veces parecen ser ya un anticipo del mundo de ultratumba. Schuman las juzgó así: "Junto a algunos coros y composiciones para órgano de Bach, me parecen representar

el último y definitivo límite a que ha llegado el arte y la fantasía humana. Fracasa aquí la explicación por medio de palabras". La misma comparación con la obra de Bach expresa Bülow: "EL CLAVE BIEN TEMPLADO" es el viejo testamento, las sonatas de Beethoven son el nuevo testamento; debemos creer en el uno como en el otro". Y Wagner, en cuya vida la NOVENA SINFONIA tenía un significado especial, confesó: "Creo en Dios, Mozart y Beethoven".

Los manuscritos de Beethoven muestran su perenne esfuerzo por renovarse; nada obtenía sin una labor encarnizada. Corrigió mil veces sus esquemas, modificándolos, tachando trozos, páginas enteras para sustituirlas por otras que a su vez eran objeto de nuevas modificaciones. Su modo de crear es fundamentalmente distinto de la tranquilidad religiosa de Bach o la seguridad de Mozart, quien compuso la obertura de una ópera la noche anterior a su estreno, sin mudar una sola nota. La creación de Beethoven es lucha; es contienda feroz entre la idea y la materia; misión y obsesión.

Beethoven trata de ocultar su enfermedad como su miseria ante el mundo. En 1814 da, con supremo esfuerzo, su último concierto de piano. Su siempre renovado amor a la vida se muestra en las palabras nostálgicas: "Vivir, vivir mil veces la vida propia!", para renunciar luego a todo: "Oh, es tan bella la vida!; pero la mía está envenenada para siempre..." Se ensimisma cada vez más creándose su propio mundo. "Un desventurado, pobre, enfermo, solitario, el dolor hecho hombre, a quien el mundo rehúsa la alegría, crea la alegría él mismo para darla al mundo", escribe Román Roland, uno de los mejores biógrafos.

Recordemos los pesares que le causó FIDELIO, el hijo más rebelde y más amado de su espíritu creador, y con el cual sufrió su mayor desorientación. En 1805 se produjo el infausto estreno ante un público compuesto de oficiales del ejército de ocupación francés, acostumbrados a muy distinto con sendas oberturas — conocidas como obertura LEONORA número uno, dos, tres y OBERTURA FIDELIO — son testimonio de esta lucha extraordinaria hasta para el mismo

Beethoven. Pero la escena más espantosa en torno a su ópera ocurre en 1822: entonces quiere dirigir un ensayo de la última versión, pero pronto se evidencia que no oye nada. Prodúcese un gran desorden y nadie se anima a decirle la verdad al compositor: que se esfuerza por descubrirla en la expresión de los circunstantes. Dos veces más levanta la batuta sin conseguir la armonía de los músicos y cantantes, hasta que por fin Schindler, su fiel amigo, le manda un billete con las palabras: "Os suplico que no continuéis; en casa os explicaré todo". Y el mismo Schindler nos relata cómo Beethoven sale atormentado del teatro, cómo se deja caer inerte en un sofá, permaneciendo inmóvil por muchas horas, y cómo, en fin, la impresión de la escena terrible nunca jamás se borra de su mente.

En invierno de 1826-27 siente acercarse su fin. Responde a sus amigos que tratan de animarlo: "Mi obra está terminada. Si hay un médico que pueda ayudarme..." y agrega en inglés algunas palabras de EL MESÍAS de Haendel, que admiraba profundamente: "...su nombre sea milagroso...". El 24 de marzo de 1827 empieza su agonía; dos días más tarde, durante una tempestad de nieve, interrumpida—raro fenómeno de la naturaleza—por el fulgor de un relámpago y un fuerte trueno, cierra para siempre sus ojos. Dios saluda su entrada en la vida eterna, como lo hiciera con su propio hijo en el Gólgota.

El entierro de Beethoven revive las expresiones de popularidad y profunda admiración de que gozaba, años atrás, su singular figura, la que ya en el Congreso de Viena fué considerada una gloria europea. Miles de personas lo acompañan a su última morada —recuerda el lector el sepelio de Mozart?—; ocho músicos famosos conducen el féretro, las tropas rinden honores; el poeta más ilustre de Austria, Grillparzer, compone la oración fúnebre, un célebre actor de la Corte la lee: "Fué un artista pero también un hombre; un hombre en el sentido más alto del concepto. Porque se apartó del mundo lo llamaron misántropo; porque eludió el sentimiento, lo tildaron de insensible. Pero él se apartó del mundo y de los hombres después de

haberles dado todo, sin recibir de ellos nada. Y si permaneció solitario, fué porque no encontró a otros seres semejantes. Con todo, hasta la hora de la muerte sintió palpar su corazón por los hombres, ofrendó su carne y su sangre al mundo entero. Así fué, así murió y así seguirá viviendo en todos los tiempos".

"Mi obra está terminada". Qué grandioso poder enunciar eso! Enunciarlo al fin de una vida que tuvo por consigna: "Mucho hay que hacer en esta tierra, no descauses".

Su obra! Qué decir de ella? Es el evangelio de millones de seres en el mundo entero y más en las horas de perturbación. No es siempre fácil comprenderla; se abre únicamente a los que se acercan con el alma pura con el ardiente anhelo de superación. Qué mencionar en primer término? Sus nueve sinfonías, cada una de las cuales es un mundo? Los grandes maestros, entre ellos Schubert, Bruckner, Mahler, no sobrepasaron el número de sus nueve sinfonías; algo así como una mano mística los detuvo en este guarismo que delimita el vuelo sinfónico de Beethoven. Sigamos nombrando las sonatas de piano, tal vez su confesión más íntima? La ética superior de su única ópera, FIDELIO, en la que refleja al mismo tiempo su amor hacia los hombres y su odio contra la opresión? Las páginas de la MISA SOLEMNE, en cuyo exordio se leen las palabras que parecen escritas para todas sus obras: "Brotando del corazón, que llegue a los corazones..." Su música de cámara, las obras para instrumentos y conjuntos de toda índole? Y frente a su gigantesca obra, no puedo resistir al deseo de mencionar especialmente una página como creo no se haya escrito jamás otra tan alejada del mundo, tan por encima de la vida común y material: me refiero al segundo movimiento de su concierto para violín y orquesta.

Bach es la catedral: los sonos de su órgano colman de misticismo las altas naves, resuenan en las columnas y vibran en las torres tendidas al cielo. Beethoven es la tempestad recia y purificante de las montañas que sacude a la tierra en sus cimientos y hace temblar a los hombres.

Aprendo a llevar mi Cruz

(Condensado de "Argosy")

POR FRANK SMATHERS

Este tribunal sentencia al acusado a prisión perpetua.

Cuántas veces observé, siendo juez, el efecto que hacían estas palabras en el reo que ocupaba el banquillo y vi pintarse en su rostro el desaliento y la desesperación que le infundía la idea de vivir el resto de su existencia privado de libertad. Y luego, ya de vuelta en mi despacho, cuántas veces admiré sin comprenderla la obstinada chispa interior que sigue estimulando a algunos hombres cuando ya ha desaparecido toda razón lógica para continuar la lucha.

Solamente ahora, en el crepúsculo de mi vida, empiezo a comprender esa chispa divina que hace seguir viviendo al preso. Porque ahora yo también estoy preso.

El "juez" que casi ha aniquilado mi vida es inmisericorde y experto en el arte de torturar. Todos los años invalida a millares de hombres, mujeres y niños. Los obstáculos que opone al movimiento corporal son peores que los muros de la cárcel. Se llama "artritis".

Tenía yo 37 años y desempeñaba el cargo de juez de distrito cuando esta maldición apareció en mi cuerpo... en la base de la columna vertebral. Lenta pero irresistible, trepó y trepó llenando cada vértebra de materia ósea. Luego invadió otras articulaciones y ahora está atacando incesantemente los dedos de manos y pies.

Durante diez años los médicos combatieron inútilmente una enfermedad que nunca he padecido. Diagnosticaron los dolores de espalda, pierna y hombro que sufría, como neuritis y prescribieron medicamentos y dietas. Cuando todo esto fracasó sacrifiqué en sucesión los dientes, las amígdalas y el apéndice. Más tarde el bisturí del cirujano recorrió mis órga-



nos interiores desde la vesícula biliar hasta la próstata.

Por fin los médicos hicieron hincapié en que si quería curarme tenía que pasar uno o dos años de descanso en un clima cálido. Eso suponía dimitir mi cargo de juez, renunciar mi participación en el bufete de abogados al cual pertenecía, abandonar los frutos de años de esfuerzo y sacrificio, despedirme de mis amistades. Mi mujer y yo creímos que era perder demasiado y nos aferramos por dos años más a la ciudad natal.

Pero la "neuritis" fué agravándose alarmantemente. De mala gana nos trasladamos a Miami en Diciembre de 1920. Me sentí mejor inmediatamente y al cabo de seis meses colgué mi rótulo de abogado bajo el sol tropical. Tres años después tenía todo el trabajo forense que dos ayudantes y yo podíamos despachar. Lo mejor de todo era que estaba completamente restablecido—al parecer.

Pero de pronto volvieron los ataques con devastadora severidad. En la clínica de Mayo, de Rochester, a la cual acudí para hacerme examinar concienzudamente en 1928, me enteré por fin de que tenía artritis. Por espacio de

varios años más luché contra la artritis y me esforcé para atender el bufete de abogado cuya clientela iba creciendo de día en día. Finalmente, en 1937, me ví forzado a retirarme.

Comenzó entonces lo que incontables víctimas han ensayado: una serie de peregrinaciones a todo lugar concebible que ofreciese esperanza de alivio. Traté de librar mis huesos de la artritis quemándola en el desierto de Arizona; sudándola en las playas de California; helándola en los campos nevados del Canadá. Visité todos los balnearios famosos. Tomé medicinas bastantes para curar o matar

a un regimiento. Me alimenté exclusivamente de leche por dos años, y de frutas y legumbres por otros dos. Recorrí toda la gama de la radioterapia (aguanté veinte agonizantes tratamientos de fiebre artificial y hasta expuse mi cuerpo al veneno de las cobras y las serpientes mocasín y al aguijón de las abejas.

Tuve fuerzas para sobrevivir a todos estos desesperados tratamientos—;pero la artritis sobrevivió también! Ahora el monstruo ha trepado a la articulación de las mandíbulas, torciéndome tanto la barbilla que ha afectado mi capacidad de oír y ha convertido en suplicio cada bocado. El 95 por ciento del tiempo lo paso en cama. Pero, ya no guardo dietas. Ni me quemo, ni sudo ni me hielo. Ni me dejo operar. Y casi no tomo medicinas. Porque un incidente ocurrido en 1940 cambió por completo mis ideas. Aquel año conocí en cierta famosa clínica del Canadá a una mujercilla pálida, flaquísima y horriblemente desfigurada por la artritis. Vi, sin embargo, en sus brillantes ojos una chispa que despertó mi envidia. Y oyéndola hablar me convencí de que sus propios sufrimientos le ha-

bían hecho encontrar paz, dicha y vida nueva en los dominios del espíritu indestructible donde vive el hombre verdadero. En aquel instante y lugar comprendí que el monstruo que se había apoderado de mi cuerpo no podría nunca avasallar mi espíritu. Yo edificaría dentro de las paredes de mi alcoba y con materiales de mi propia mente una vida y un mundo nuevos. De los ojos para arriba me encontraba bien.

Es difícil resignarse a la vida de inválido. Llamen al teléfono y uno no acierta a dar cuatro pasos para contestar. No puede sentarse, ni mantenerse en pie, ni comer, ni vestirse, sin ayuda ajena. Es muy amargo para uno darse cuenta de que no volverá a conducir su automóvil ni cruzar la calle para charlar con un amigo.

Pero si en verdad muchas cosas me eran ya imposibles, había otras y tal vez mejores que podría hacer. Podría ser mejor marido, mejor padre, mejor amigo. Podría aplicarme a cultivar lo que Wordsworth llamó "la parte más noble de la vida del hombre bueno, sus actos pequeños, anónimos y olvidados, de bondad y de amor".

Tuve la suerte de poder interesarme en distintas cosas, pues una mente ocupada es menos vulnerable al dolor. Mi radio y yo esperamos ansiosamente la primera bola de todos los grandes torneos de beisbol y seguimos con entusiasmo las alternativas de un partido de futbol en las desapacibles tardes de Noviembre. Siempre he gozado de nuestro jardín. Doy gratuitamente consejo legal a todo el que lo pide y a algunos que no lo solicitan.

Las horas transcurren lentamente a la dorada luz solar que ilumina mi cuarto y, ya sin prisa alguna, leo más—obras de religión, novelas, filosofía. La lectura me ha hecho conocer a otros inválidos que no se dieron por

vencidos: a John Keats, que escribió sus más inspiradas poesías consumido por la tuberculosis; a Helen Keller, que supo elevarse sobre adrumadores impedimentos hasta convertirse en una de las mujeres más nobles de la tierra; a Florence Nightingale, que reorganizó los hospitales ingleses desde su lecho de enferma.

He llegado a la conclusión de que lo más necesario para los inválidos es sentir fervoroso entusiasmo por una causa, una buena causa. He encontrado el mio en la pasión que toda mi vida me inspiró el buen gobierno. La circunstancia de tener que pasarme el tiempo echado de espaldas no debe impedirme levantar la voz contra la corrupción de la ciudad donde vivo. He luchado también por aquellos que considero como los mejores candidatos en las elecciones locales y nacionales. Por extraño que parezca, sufro menos. Lentamente estoy creando una resistencia subconsciente al dolor y a las demandas de la invalidez.

Es consolador saber que, oculta bajo la superficie de las dolencias físicas, fluye una corriente compensadora de goces espirituales que tal vez nunca habíamos conocido sin el aguijón del sufrimiento material. Hasta el sol que calienta el cuerpo, haciéndole olvidar su fragilidad, me procura una dicha que no puede compararse con nada de lo que experimenté cuando daba la salud por segura. He aprendido a encontrar placer en las cosas sencillas—una ráfaga de brisa que agita las cortinas, un capullo de encendido rojo que se balancea ante mi ventana. Mi moderada afición a la música se ha convertido en apasionado culto.

En el silencio de la noche he aprendido que la enfermedad agudiza en el hombre la conciencia de Dios. Siempre he sido creyen-

te, pero ahora me encuentro más íntimamente unido a lo divino y, en consecuencia, con fe y valor mucho mayores que antes. Creo imposible que el hombre soporte constantes sufrimientos físicos o mentales sin la confortadora convicción de que late en lo íntimo de su ser una fuerza que tiene algo de divino y que le permite vencer extremas dificultades materiales en un gran triunfo del espíritu. Cuando el dolor tortura su cuerpo, el inválido duerme breves ratos—tal vez una hora o dos—y vuelve a encontrarse solo con sus recuerdos, sus problemas y su Dios. De esas horas de lucha extrae una filosofía personal. Adquiere nueva humildad, y ya no se considera el centro del universo sino pieza insignificante de un plan maestro. Empezar a ver que cada hombre tiene su cruz y su calvario.

Hasta en los peores días encuentro cierta cantidad de contento. ¿Qué importa el reforme involuntario en que uno se halle, con tal de seguir viviendo? La voluntad de vivir es más fuerte que los dolores del cuerpo. He descubierto un baluarte filosófico en el cual me defiendo hasta de los ataques salvajes del agotamiento, el fastidio y la propia compasión, a los cuales son tan susceptibles los que viven con dolor. Y a medida que he ido desahaciendome de los grilletes del miedo, me he dado cuenta de que es el miedo—no la artritis—lo que en mayor medida causa la invalidez de los hombres. No hace mucho que mi esposa vino de mañana para ahuecarme las almohadas y dijo con honda compasión:

—Ya sé lo cansado que te sentirás de estar siempre en cama.

—¿Cansado? —exclamé con sorpresa —¡Nada de eso! Estoy muy atareado para sentir cansancio.

Estoy muy atareado aprendiendo a vivir de nuevo.

Todos tenemos nuestras aflicciones y la única manera de curarlas es hacer algo por los otros. No se puede ser feliz a menos que una piense en cuánto se puede ayudar a otros en vez de pensar en cuánto puede uno sacar de los demás y en cuán poca suerte tiene.

DEMOCRACIA

LUIS DE ZULUETA

La democracia, digna de la ofrenda de nuestra sangre, digna del mundo de nuestros hijos, rebasa ya el campo de la política, es todo un concepto de la vida, una fe en el triunfo de las fuerzas ideales, un amor al pueblo, un sentimiento de solidaridad social, un respeto al derecho ajeno y a la opinión discrepante, un espíritu comprensivo amplio, fraternal para estudiar y resolver los problemas humanos.

7 Puntos que Integran la Democracia

HENRY A. WALLACE

- 1.—Acción basada en la voluntad de la mayoría.
- 2.—Libertad de expresión, de prensa, de arte, de ciencia y de religión.
- 3.—Orden. Evitar la violencia, la anarquía, el derramamiento de sangre.
- 4.—Promover un creciente bienestar general, aumentando la producción y llegando a una distribución tan equitativa como sea posible, sin anular los estímulos individuales.
- 5.—Creencia en el carácter sagrado y en las posibilidades ilimitadas de la personalidad humana.
- 6.—Fe gozosa en el progreso futuro, basado en el esfuerzo de todo un pueblo.
- 7.—Tolerancia, sentido del humor, reconocimiento del derecho de todos los hombres a ser diferentes.

La Libertad

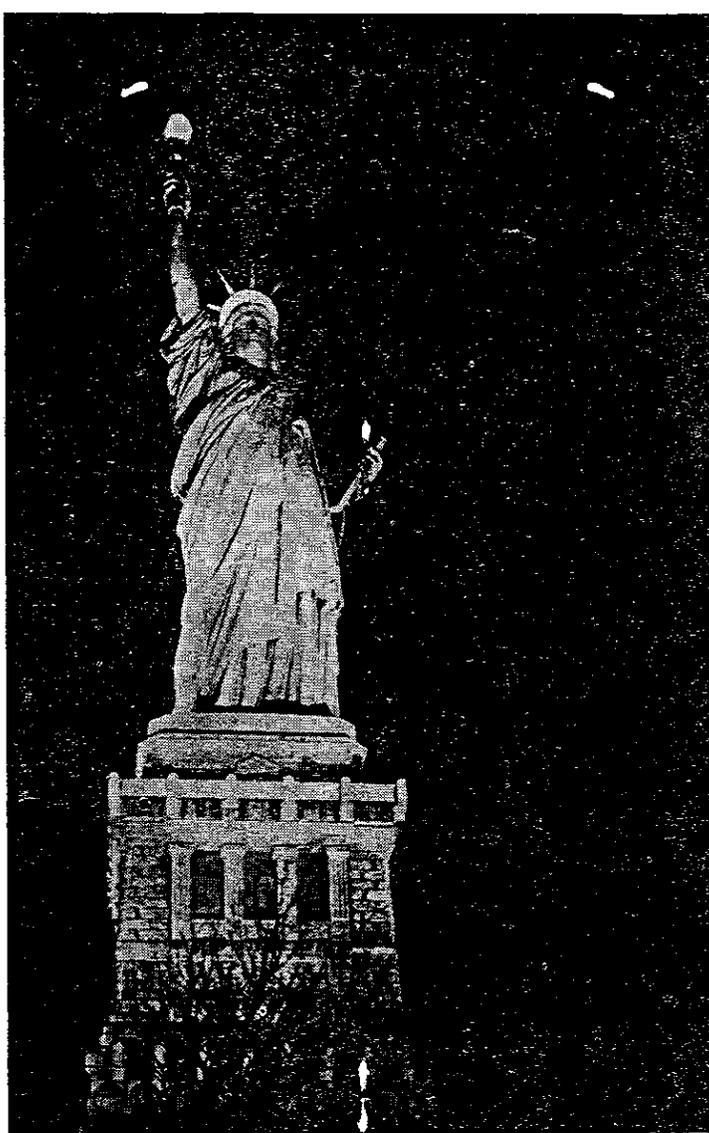
PIERRE GAXOTTE
Historiador francés.

La libertad no es un principio, es un fin. El hombre nace esclavo de su debilidad e impotencia. La libertad es el fruto del buen orden.

En Francia tenemos unas varias docenas de filósofos, de pluma fácil, que saben demostrarle a quienes los lean, que la libertad consiste en decir lo contrario de lo que se cree que es cierto, y que hacer lo contrario de lo que se piensa que es justo.

Las masas gustan de ser tiranizadas, pero lo desean en su propio nombre. El régimen ruso es una dictadura de policías, de planificadores, de mariscales, de técnicos y se llama dictadura del "proletariado".

En los períodos agitados, nada es tan común como la alianza de la audacia del vicio con la verdad turbulenta.



Dadme vuestros cansados, vuestros pobres, vuestras compactas multitudes que anhelan libertad, el humano desecho de vuestras playas llenas, los que vengan sin amparo, los que azota la tempestad.

En mis manos levanto la lámpara que alumbró los portales de oro por donde pasarán.

Emma LAZARUS

DEMOCRACIA

LA democracia es para que haya justicia social, para que el pueblo se redima, para que se produzcan nivelaciones económicas. Quién lo puede dudar a estas horas de la vida, cuando ya conocemos las ignominias de los antiguos y los nuevos privilegios? Pero llegar a esa justicia comenzando por degradar al hombre, por disminuir su dignidad, por envilecerle sometiéndole a nuevas esclavitudes, es hacer que se pudran las raíces de la justicia que se anuncia. La gracia no es decir justicia con una voz en donde sólo se oiga el acento ronco del rencor: sino decirlo en voz alta y clara y limpia, con voz americana.

Nosotros decimos libertad porque la justicia que buscamos queremos que sea limpia, como es la fe de los humildes, como es la ambición de los limpios de corazón. A América han venido a lo largo de cuatro siglos los de las patrias peregrinas, porque querían que hubiera una patria libre. Los que estaban mordidos por el fanatismo y esas cosas tan mezquinas que tiene la grande historia de Europa, y hasta los que era cazados como bestias en el Africa, aquí llegaron, y aquí inventaron los colores de estas banderas nuestras que anima en el viento el soplo de nuestros ideales. Son generaciones de seres humanos que más que los de ningún otro continente pusieron en la base de su historia la esperanza de que un día la dignidad del hombre sería la carta sagrada de las naciones. Todos en nuestra América somos gentes del pueblo, y quien lo niegue es un traidor a esta tierra nuestra de la libertad.

Germán ARCINIEGAS

Crees tu también, oh amigo, que la Democracia no es más que asunto de elecciones, política y consigna de partidos?

Yo te digo que la democracia sólo es eficaz allí donde se transmite, florece y se traduce en hábitos, en formas excelsas de comunión humana, en ideas directrices... tanto en la vida pública como en la privada... Sostengo, por lo tanto, que el disfrute de la democracia, en forma cabal, pertenece todavía al mañana.

Parece, pues, que pretendiéramos hablar de lo que no existe, viajar con mapas todavía en blanco. Mas los dolores del alumbramiento ya nos aquejan... y acaso recibamos, en nuestros propios días, tal premio y recompensa, pues no faltan, por doquiera, merecedores de tan gran estímulo. Aunque no nos esté reservada la dicha de entrar en la ciudad buscada, de ver con nuestros ojos la fuerza sin igual y el brillo deslumbrante del ideal democrático, que, llegado al cenit, ilumine el orbe con fulgor y majestad de que fueron incapaces los monarcas de ayer con toda su potestad dinástica, quedará, sin embargo, para quienes seamos los elegidos, la visión profética, la alegría de sentirnos arrebatados por la inquietud heroica de nuestro tiempo... orgullosos en la certidumbre de que, no obstante la confusión y las tentaciones y demoras que quebrantan el ánimo, jamás desertamos, jamás perdimos la esperanza, jamás renunciáramos a nuestra fe.

WALT WHITMAN (1819-92) Vistas Democráticas.

HOJEANDO PAPELES VIEJOS

Por ERNESTO DE J. CASTILLERO R.

Con motivo del descubrimiento de ricos yacimientos de oro en California en 1849, se inició inmediatamente de las cuatro partes del globo una extraordinaria emigración de gentes hacia el oeste de los Estados Unidos, en busca del fácil enriquecimiento. A través del Istmo se precipitó una avalancha de aventureros procedentes del este del mismo Estados Unidos y de otros países de Europa, que no pudiendo hacer la travesía por el largo, difícil y peligroso camino de tierra hacia la zona del tesoro, adoptaron la ruta istmieña por encontrarla más fácil de transitar y más cómoda para el largo viaje. Así surgió el ferrocarril transistmico que comenzó a prestar servicio de traspaso entre ambos mares desde antes de 1855, cuando quedó del todo terminada la vía férrea.

El 15 de abril de 1856 llegó a Panamá, desde Colón, un tren repleto con casi mil pasajeros de tránsito, quienes debían embarcar en la bahía de Panamá con dirección a California. Mientras aguardaban el momento de tomar el barco, un incidente, en su origen trivial, dió lugar a una tragedia espantosa que pudo derivar hacia trascendentales medidas por las cuales los Estados Unidos estuvieron a punto de hacerse dueños de la vía interoceánica y cambiar radicalmente el curso de la historia panameña.

Sucedió que uno de esos aventureros pidió a un vendedor de frutas que tenía su venta junto a la Estación del Ferrocarril, una tajada de sandía, la que, después de devorarla, no quiso pagar. Tal conducta suscitó la protesta del frutero y el yankee, en lugar de pagar el justo precio de la sandía que se había comido, que era un real, esgrimió una pistola con la que pretendió amedrentar al vendedor. Mas éste no se amilanó, sino que con el cuchillo de cortar las frutas hizo frente al agresor, dispuesto a hacer respetar su derecho y defender su persona.

Así se inició aquel incidente que por la intervención de personas ex-

tranas, unas en favor del extranjero y otras en defensa del criollo, se convirtió inmediatamente en una batalla campal en que los golpes, las puñaladas y los tiros se cruzaron entre bando y bando haciendo en ambos muchas víctimas. Hizo acto de presencia la autoridad y después de muchos esfuerzos logró restablecer el orden.

Las noticias de aquel infausto suceso fueron dadas al público por varios periódicos de la época con las apreciaciones de cada informante en la forma como se va a ver a continuación.

Dice el "Neo Granadino" de Bogotá:

El caso de la "Tajada de Sandía" a través de la prensa del país. Muertos y heridos en una pendencia callejera. Irresponsabilidad del Gobernador. La Compañía del Ferrocarril reclama \$300.000 por daños y perjuicios.

"Intencionalmente nos abstenemos de insertar aquí las desagradables noticias que el último correo del Atlántico nos ha traído relativas a Panamá, pues hallamos que aún en los datos oficiales hay vaguedad y carencia de detalles, los cuales son indispensables para juzgar con imparcialidad del acontecimiento.

"Todo lo que hay de cierto hasta hoy, es que la querrela provino de los YANKEES; que ellos se hirieron o se mataron entre sí; que la autoridad del país y el Cónsul de los Estados Unidos ocurrieron a poner paz y fueron recibidos a balazos; que la fuerza pública intervino; que el pueblo panameño, en el

furor de su resentimiento legítimo, tantas veces provocado, cometió algunos excesos respecto de propiedades del Ferrocarril; que los muertos ascendían a QUINCE y los heridos a CATORCE, habiendo nacionales en unos y otros; que la Compañía del Ferrocarril reclama ya \$300.000 dólares por los daños y perjuicios, y que tendremos camorra con los yankees. ¡Dios sabe a dónde irán las consecuencias!"

"El Tiempo", a su vez, informa:

"El 15 de abril próximo pasado tuvo lugar en Panamá una espantosa colisión entre considerable número de panameños y norteamericanos a consecuencia de una disputa habida entre dos particulares. El vicegobernador del Estado acudió a la oficina de la compañía del Ferrocarril, en donde se habían hecho fuertes los norteamericanos, y éstos lo recibieron con una descarga de que fueron heridos dos de los que lo acompañaban. Entonces la gendarmería los atacó e hizo que se rindieran.

"A pesar del enfurecimiento de los naturales, los esfuerzos de los naturales, humanamente secundados por los buenos ciudadanos, lograron salvar a los norteamericanos, de los que, no obstante, fueron muertos TRECE y heridos QUINCE, siendo los panameños muertos DOS y varios los heridos.

Relata el suceso "El Porvenir" en los siguientes términos:

"Un acontecimiento desgraciado ha tenido lugar en el mes próximo pasado en la ciudad de Panamá. Vendía en la calle un mozo sandía (patillas). Un norteamericano tomó una y la partió juzgando que era un melón, y al ver que era una fruta diferente, la devolvió negándose a pagarla. El vendedor exigía su precio y el comprador

enojado lo amenazó con una pistola y le hizo un tiro hiriéndolo en una pierna.

"Este atentado atrajo algunas personas del pueblo, que se arrojaron sobre el agresor. Varios norteamericanos tomaron la defensa de su compatriota, y se formó una terrible riña. Pero creciendo el tumulto popular, los norteamericanos se encerraron en una casa de la Compañía del Ferrocarril, defendiéndose allí a balazos del pueblo que les atacaba con piedras, garrotes y cuchillos. El Gobernador y las demás autoridades concurren al lugar del combate, pero no tenía fuerza armada a sus órdenes y los pocos gendarmes que lo acompañaban no eran atendidos, por lo que le fué muy difícil contener el desorden, lo que lograron solo cuando se habían consumado ya muchas desgracias".

He aquí los comentarios que hizo al suceso "El Nacional":

"Esta ocurrencia, al parecer de poca importancia, puede conducir a la República a una situación muy alarmante. Y no se diga que la ferocidad yankee o la susceptibilidad granadina sean las que producen tales excesos: ellos son imputables al Gobierno Ejecutivo de la

Nueva Granada y al Gobierno Municipal de Panamá, quienes sabiendo que aquella población está expuesta siempre a estas colisiones, la han dejado sin fuerza pública con que la autoridad pueda hacerse respetar y conservar el orden. El Poder Ejecutivo disolvió la pequeña guarnición que allí había, y el Gobierno del Estado no la reemplazó de una manera efectiva y conveniente, faltando uno y otro a lo prevenido por el artículo 1º de la Ley de 2 Mayo de 1855, o, por lo menos, obrando inconsultamente el Poder Ejecutivo.

"Nosotros suspendemos por ahora y mientras recibamos nuevos informes, nuestro juicio respecto a la conducta del Gobernador de Panamá, inclinándonos a pensar que ha cumplido con su deber hasta donde le fué posible contener el desorden con la insignificante fuerza de que podía disponer. Si el Gobernador hubiera tenido cien hombres disponibles, es seguro que habría contenido el tumulto en su origen; pero pensar que en un momento dado y en el instante del conflicto pudiera convocar y organizar una guardia nacional, compuesta de hijos del pueblo sin hábitos de obediencia y disciplina, para

contener la multitud irritada, es un disparate garrafal, una idea que sólo puede ocurrirsele a la acalorada imaginación de un GOLGOTA".

Los acontecimientos tumultuosos ocurridos en Panamá el 15 de Abril de 1856 dieron por resultado inmediato 17 muertos y 30 heridos de ambos bandos: yankees y panameños. Estos, entre los que se mezclaron muchos negros antillanos desocupados de las obras de la empresa, saquearon los almacenes de depósito de la Compañía. Tanto por los muertos y heridos norteamericanos, como por los daños causados aquel nefando día, el Gobierno de los Estados Unidos formuló con amenazas una reclamación, en la cual se involucraba el traspaso en propiedad a dicho país de las islas de Taboga, Taboguilla, Urabá, Flamenco, Naos, Perico y otras de la bahía; una zona de diez millas de ancho entre Panamá y Colón; la autonomía de estas dos ciudades que quedarían bajo el control administrativo de Cónsules americanos; pago de fuerte indemnización, y otras onerosas exigencias, que el Gobierno granadino naturalmente rechazó con decisión. Al fin, todo se arrojó con el pago de la suma de 412.394 dólares, que fueron abonados de la renta que el mismo Ferrocarril pagaba por la concesión para operar en el Istmo.

BANCO NACIONAL DE PANAMA

FUNDADO EN 1904

DEPOSITARIO OFICIAL DE LA REPUBLICA
OPERACIONES BANCARIAS EN GENERAL

Para el mejor servicio en el país cuenta con Agencias en

AGUADULCE

DAVID

ALMIRANTE

LAS TABLAS

BOCAS DEL TORO

OCU

COLON

PENONOME

CONCEPCION

SANTIAGO

CHITRE

PTO. ARMUELLES

DIRECCION: Avenida Central 107

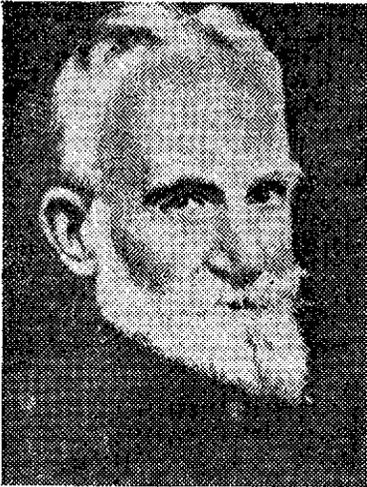
Telegráfica Banconal
Central Privada: 2-0920

116938
publicado

Santa

Juana

POR GEORGE BERNARD SHAW



Juana, la original y arrogante

Juana de Arco, muchacha de una aldea de los Vosgos, nació hacia 1412; fué quemada por herejía, brujería y magia en 1431; rehabilitada en cierto modo en 1456; declarada venerable en 1904; beatificada en 1908, y, finalmente, canonizada en 1920. Es el santo guerrero más notable del calendario cristiano y el tipo más singular entre las celebridades excéntricas de la Edad Media.

Aunque fué una católica devotísima y proyectó una cruzada contra los husitas, es en realidad, uno de los primeros mártires del protestantismo. También es uno de los primeros apóstoles del nacionalismo, así como el primer francés que puso en práctica el realismo napoleónico en el arte militar, tan distinto del sistema de su época, que estaba basado en una caballería deportiva y un juego de rescates y rehenes. Fué precursora de un modo racional en el vestir femenino, y, a semejanza de la reina Cristina de Suecia, que vivió dos siglos más tarde, se negó a someterse a la condición natural de la mujer y peleó y se vistió como un hombre. Habiendo sabido afirmarse en tales caminos con tanta energía que se hizo famosa en toda la Europa occidental antes de llegar a la edad de veinte años (que no alcanzó nunca), apenas puede sorprender que fuese quemada legalmente; en apariencia, por una serie de delitos ca-

pitales que ya no se castigan como arrogancia insufrible e impropia de mujer.

A la edad de diez y ocho años, Juana tenía pretensiones que dejaban atrás las del Papa más orgulloso o del emperador más altivo. Considerábase embajadora y plenipotenciaria de Dios y verdadero miembro de la Iglesia triunfante, aunque todavía residente en carne y hueso en este mundo. Condescendía a proteger a su propio rey y quería llamar al rey de Inglaterra al arrepentimiento y a la obediencia. Reconvenía y aleccionaba a hombres de Estado y preladados. Se encogía de hombros ante los planes de los generales y llevaba sus tropas a la victoria según sus propios designios.

Abrigaba y ostentaba un profundo desprecio por las opiniones, disposiciones y autoridades oficiales, como por la estrategia y táctica del "Estado Mayor". Y como en realidad no era más que una advenediza, sólo hubo en sus contemporáneos dos opiniones sobre ella: una, Juana era un ser milagroso; la otra, que era inaguantable.

Juana y Sócrates

De haber sido Juana maliciosa, egoísta, cobarde o estúpida, hubiese sido una de las personas más odiosas que conoce la Historia, en vez de ser una de las más atractivas. He haber tenido la suficiente edad para conocer el efecto que producía en los hombres a

quienes humillaba por el hecho de tener ella razón y ellos no; de haber aprendido a lisonjearlos y a manejarlos, tal vez hubiese vivido tantos años como la reina Isabel de Inglaterra. Pero era demasiado joven, rústica e inexperta para ejercer tales artes.

Cuando se vió como la enemiga de unos hombres a quienes siempre había tenido por tontos, no ocultó su opinión que le merecían ni la impaciencia que su majadería le causaba. Y fué sobrado ingenua para figurarse que ellos le estaban agradecidos por haberlos enmendados corregido y apartado del error.

Ahora bien, siempre es difícil a los entendimientos superiores comprender la cólera que suscitan al poner de manifiesto las majaderías que corresponden a cada tonto. El mismo Sócrates a pesar de sus años y experiencia no se defendió ante sus jueces como hombre enterado de la rabia, acumulada de tiempo atrás, que acababa de estallar sobre él y que pedía a gritos su muerte. Si su acusador hubiera nacido dos mil trescientos años más tarde, habríamos podido encontrarlo en cualquier departamento de primera clase de uno de los trenes suburbanos durante los recorridos de mañana y tarde en la City y las afueras; porque aquél nada tenía en realidad que decir sino que él y sus congéneres estaban hartos de verse tildados de idiotas cada vez que Sócrates abría la boca. Sócrates, inconsciente de esto, se encontró parali-

zado porque no podía percibir de qué lado venía el ataque.

No sospechaba ni remotamente hasta qué punto su superioridad mental había suscitado miedo y odio contra él en la mente de unos hombres a quienes él creía no haber hecho mal alguno.

Contraste con Napoleón

Si a los setenta años Sócrates fué tan inocente cuánto no lo sería Juana a los diecisiete! Además, Sócrates era un dialéctico que actuaba calmado y pacífico sobre el espíritu de los hombres, mientras que Juana era una mujer de acción que actuaba con impetuosa violencia sobre sus cuerpos. Por esto, sin duda alguna, los contemporáneos de Sócrates le aguantaron tanto tiempo, y por esto fué Juana destruída antes de alcanzar la edad adulta.

Pero ambos reunieron en sí una capacidad aterradora con una sencillez, sencillez y bondad tales, que hicieron completamente absurda, y por lo tanto ininteligible para ellos mismos, la antipatía furiosa de que fueron víctimas. También poseyó Napoleón una capacidad aterradora, pero, ni franco ni desinteresado, nunca se hizo ilusiones sobre la naturaleza de su popularidad. Cuando le preguntaron cómo acogería el mundo su muerte, dijo que el mundo daría un suspiro de consuelo. Pero no les es tan fácil a los gigantes intelectuales, que no odian ni tratan de ofender a sus prójimos, darse cuenta de que, a pesar de esto, sus prójimos odian a los gigantes intelectuales y se gozarían en destruirlos. Odian, no solo por envidia, porque el contraste con un ser superior les hiere en su vanidad, sino con suma humildad y honradez, porque se sienten amedrentados.

El miedo impulsa a los hombres a todos los extremos, y el miedo que inspira un ser superior es un misterio contra el cual puede hacer poco el razonamiento.

Siendo incommensurable, el hombre superior resulta insufrible cuando no va acompañado de garantías respecto a su buena voluntad y responsabilidad, es decir cuando no tiene estado oficial. La superioridad legal y convencional de un Herodes y un Pilatos, así como la de un Anás y un Caifás,

inspiran miedo; pero el miedo, cuando es un miedo razonable, de consecuencias medibles y evitables, puede tolerarse. En cambio, la extraña superioridad de un Cristo, y el miedo que inspira arrancan el grito de "Crucifícale", a todos aquellos que no pueden adivinar su infinita bondad.

Sócrates hubo de beber la cicuta. Cristo fué clavado en la cruz y Juana quemada en la hoguera. En cambio, Napoleón, aunque acabó en Santa Elena, murió por lo menos en su cama, y muchos terribles bribones que poseen autoridad y son perfectamente inteligibles, mueren de muerte natural en toda la gloria de los reinos de este mundo; demostrábase con ello que es harto más peligroso ser santo que conquistador.

Los que fueron ambas cosas, como Mahoma y Juana, hallaron que es el conquistador el que tiene que salvar al santo y que derrota y captura significan martirio. Juana fué quemada sin que uno solo de los suyos moviera un dedo para salvarla. Los compañeros a quienes había llevado a la victoria y los enemigos a quienes había batido y deshonrado, el rey francés a quien había coronado y el rey inglés cuya corona había arrojado al Loire, todos se alegraron por igual de deshacerse de ella.

Juana fué culpable o inocente?

Como este resultado pudiera haberse producido por una inferioridad obyecta lo mismo que por una sublime superioridad, es preciso encararse con la cuestión de saber cuál de las dos hubo de ser determinante en el caso de Juana. El fallo de sus contemporáneos le fué adverso, después de una instrucción muy cuidadosa y concienzuda, y la anulación de la sentencia, veinticinco años después, en forma de rehabilitación de Juana, no fué realmente sino una confirmación de la validez de la coronación de Carlos VII.

Pero la anulación más impresionante todavía, efectuada por una posteridad unánime y que culminó en la canonización, es lo que ha reformado radicalmente el auto y sentido en el banquillo a los jueces de Juana, lo que en verdad, resulta una mayor injusticia que la que implica el juicio a que la so-

metieron. No obstante, la rehabilitación de 1456, con toda su impureza, evidenció suficientemente, para una crítica razonable, que Juana no fué ni un mujer vulgar, ni una prostituta, ni una bruja, ni una blasfema, ni más idólatra que el mismo Papa, ni una mujer de mala conducta en modo alguno (dejando aparte su vida de campamento, su costumbre de llevar traje masculino y su atrevimiento) sino que, al contrario, fué una persona afanosa, una virgen intacta, muy devota, muy sobria (podríamos llamar ascética su comida, que consistía de un mendrugo de pan mojado en el vino corriente, que es el agua de mesa de los franceses), muy bondadosa y, aunque muy valiente y brava en los campos de batalla, incapaz de tolerar un lenguaje obsceno o un comportamiento licencioso. Fué a la hoguera sin una mancha en su reputación, fuera de su presuntuosidad desmesurada, su soberbia, como la llamaban.

El odio que se ha venido arrojando contra ella se ha desprendido ya de entonces acá tan completamente, que ningún autor moderno necesita molestarse en limpiarlo. Lo que es harto difícil de quitar es el lodo que se está arrojando ahora sobre los jueces y los afeites que desfiguraban a Juana hasta el punto de hacerla irreconocible. Luego que la indecencia patrioterá trabajó cuanto pudo en perjuicio de Juana, la indecencia sectaria (en este caso protestante) se sirvió de su hoguera para combatir la Iglesia Católica y la Inquisición. Precisemos bien los términos.

Un genio es una persona que, viendo más lejos y calando más hondo que la demás gente, posee un arancel de valoraciones éticas diferente del común y tiene bastante energía para dar efecto a esta visión más profunda y a sus valoraciones en la manera que mejor conviene a sus peculiares talentos. Un santo o una santa es una persona que, después de haber practicado virtudes heroicas y experimentado revelaciones e influjos del orden que la Iglesias técnicamente clasifica de sobrenatural, se hace acreedora a la canonización.

Pero aún su sencillez, la fe pedida por Juana es una fe a la que se opone despectivamente el carácter antimetafísico de la civilización del Siglo XIX, que continúa

poderoso en Inglaterra y Norteamérica, y es tiránico en Francia. No nos dejamos, como los contemporáneos de Juana, llevar por el extremo opuesto, huyendo de ella como una bruja vendida al diablo, porque no creemos en el diablo, ni en la posibilidad de hacer con él tratados comerciales. Nuestra credulidad, aunque enorme, no es ilimitada, y nuestras existencias de credulidad se gastan por completo con el trato de médiums, sonámbulos, quiromantes, científicos cristianos, saludadores, psicoanalistas, adivinos de vibraciones electrónicas, terapeutas de todas las escuelas, autorizados y no autorizados, astrólogos, astrónomos que nos dicen que el Sol dista de la Tierra como un millón de millas y que la estrella Betelgeuse, describiendo la increíble pequeñez del átomo, y toda una caterva de tratantes en maravillas, ante las cuales la Edad Media se hubiese desternillado de risa. En la Edad Media, la gente creía que la Tierra era plana, y para cercarlo tenía por lo menos la evidencia de sus sentidos; nosotros

creemos que es redonda, no porque ni el uno por ciento de nosotros pueda indicar las razones científicas en que se basa tan peregrina creencia, sino porque la ciencia moderna nos ha convencido de que nada que sea evidente es verdad y, en cambio, que todo lo que es mágico, improbable, extraordinario, ingente, microscópico, cruel y horripilante, es científico.

No vayáis a creer que yo me figuré que la Tierra es plana o que todas o algunas de nuestras sorprendentes credulidades son meros embustes o ilusiones. Yo lo que hago es defender mi propia época contra el cargo de ser menos imaginativa que la Edad Media. Afirmo que el siglo XIX y más aun el XX, pueden dar quince y raya al XV en cuanto a capacidad de aceptar maravillas y milagros, y santos y profetas, y magos y monstruos, y cuentos fantásticos de todo linaje.

La cantidad de maravillas que nos invita a creer la última edición de la Enciclopedia Británica,

es enormemente mayor que en la Biblia. Los doctores en Teología medievales, que no se empeñaron en averiguar cuántos ángeles pueden bailar en la punta de una aguja, hacen bastante mala figura, por lo que se refiere a fantástica credulidad, junto a los sabios físicos modernos que han averiguado, sin equivocarse en una billonésima parte, cada movimiento y posición en la danza de los electrones. Por nada del mundo pondría yo en duda la exactitud perfecta de tales cálculos o la existencia de los electrones (sean lo que sean). La suerte que corrió Juana es para mí una advertencia que me invita a no incurrir en semejante herejía. Pero el por qué los hombres que creen en los electrones se consideran menos crédulos que los que creen en los ángeles, es cosa que no me entra en la cabeza. Si se niegan a creer, con los asesores de Rouen, en 1431, que Juana fué una bruja, no es porque esta explicación sea bastante maravillosa, sino porque no es bastante maravillosa.

Amarse a sí mismo es trabajar con todas nuestras fuerzas, y con grandes y muy continuos ruegos pedir a Dios que la parte excelentísima de nuestra alma esté adornada y aderezada con sus verdaderos y propios atavíos, que es con religión.

No se ha de hablar, ni se puede decir que se ama a sí, el que ama las riquezas, la honra, el deleite, ni finalmente el que ama cuantas cosas exteriores hay, ni a su mismo cuerpo, pues la parte principal del hombre es la mente.

Ni se ama tampoco el que por no conocerse engaña o se deja fácilmente engañar de otros, y algunas veces se goza, dándose a entender que hay en sí bienes que o él no tiene, o no son tales.

Este tal amor no le puede el hombre llamar amor de sí mismo, pues que él mismo no es otra cosa que su alma; llamarse ha amor del cuerpo, sin consejo, ciego, dañoso y pernicioso para sí y para otros.

Y pues en esta vida hemos de pasar trabajos, ¿cuánto mejor es emplearlos en cosas que nos han de dar bienaventurado y perpetuo galardón, que no en las que en la presente vida nos dan premio tan bajo y tan vil y que tan presto se desvanece?

Juan LUIS VIVES
1492--1540.

Cuaderno de Apuntes

Por LUIS CERVANTES DIAZ

De los buenos y malos autores

Después de leer, no hemos encontrado nada más interesante que pensar.

No ha sucedido con frecuencia que creyéndonos absortos en la lectura, mecánicamente levantamos la vista y acontece como se dice, que se mira pero que no se vé? En esos momentos somos extraños al medio circundante, en cambio que nos sentimos ampliamente familiares con nuestro paisaje interior. En esas ocasiones, que son no pocas, establecemos relaciones, y también sin darnos cuenta, vamos construyendo nuevos conceptos sobre lo que estamos leyendo. A veces, al llegar a a cierto punto, los desechamos por absurdos, otras, a medida que que avanzamos en el pensamiento, le vamos encontrando más veracidad a la idea que hemos leído. Al hacer esto, generalmente discrepamos del autor. Nadie se entrega a las ideas de los demás, así sean las mejores, sin cierta rebeldía. Todo lector se rebela contra el autor, y no es sino por el proceso antes enunciado que se concilia o se distancia cada vez más de él, "en la misma forma que las líneas de un ángulo que habiendo partido del mismo vértice jamás vuelven a juntarse". De estos últimos, es que surge un cierto temor que sentimos por las letras de molde. Es como si el pensamiento, tan flexible, tan fluido, tan espontáneo y renovable siempre, fuera aprisionado tras unas rejas inmutables y eternas hasta el punto de predicar a viva voz las fallas, los vacíos, los errores de la naturaleza intelectual del autor. En cambio, aquellos que logran vencer nuestro escepticismo, a pesar de que también aprisionan su pensamiento — en letras de molde — nos dan la impresión de que esta-

mos ante prisioneros luminosos.

Nosotros vemos un gran dinamismo en cada pueblo del orbe, que hace valadera, constante y progresiva la luz encendida en los primeros días de la especie. Nosotros vemos en las letras que portan esa luz, una agitación constante. Estos son los buenos autores; los otros, son delicuescencias lumínicas del patrimonio intelectual del hombre. Desnaturalizadores del conocimiento!

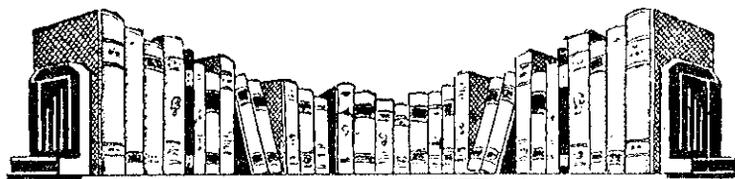
Mas no se crea, que es que estimamos que el pensamiento de los buenos autores es enteramente cierto. Es que aquellos, aun escribiendo en tono dogmático, no llevan al lector esa impresión. Por el contrario, las cosas que más se semejan a la verdad, son las más fáciles de discutir. Porque el pensamiento humano se desarrolla en cierto sentido. Dentro de él, está en su ambiente; fuera de él, está desorbitado. De allí que muchas veces, los más equivocados, se crean los más autorizados a pontificar. Son los más ignorantes los que se sienten impulsados a acometer todas las empresas, a decir la última palabra en todas las discusiones, a violentar las realidades más tangibles a fuerza de una verbosidad incontenible, a opinar sobre todos los temas, a fulgir como estrellas cuando nunca pasaron de ser de una opacidad de mala ley. Y lo peor de todo esto es que esas empresas, esas palabras, esas realidades violentadas, esa verbosidad, esas opiniones y esas estrellas, suelen darle contenido temporal a una época.

Es entonces, cuando se ha sorprendido el fenómeno perjudicial de los puebelos, que antes apuntábamos, cuando se hace necesario pasar todo "el conjunto de sus disponibilidades mentales" por un fino filtro que elimine todo lo que es basura, todo lo aparente y no real, todo lo incierto, todo lo vanidoso y pueril, a fin de aquilatar el valor cultural más relativamente puro de una Nación. Las universidades llenan en cierta forma este cometido. Cuando en un país se vea florecer una univer-

*De la Universidad,
donde se filtran
los malos autores*

sidad, no se piense en ella como en una fábrica donde a los estudiantes se les atiborra con ideas, mediante el cumplimiento cronológico de un plan de estudios inmutables. Piénsese que ellas son un gran centro de cristalizaciones, donde se desecha lo falso y se unifican las experiencias dispersas de esas sociedades, a fin de presentarlas como un conjunto que las haga más valaderas. En este proceso, ni los estudiantes, ni los profesores, llegan a ser por sí solos el tamiz suficiente. Los primeros porque aun no han alcanzado una sólida preparación a más de que los impulsa cierta dosis de emotividad inconsistente; los segundos, porque cargan con el pesado fardo trasnochado de las experiencias de tiempos pasados, que son como décadas insomnes que velan por su vigencia en el presente, resistiendo el sopor del transcurso del tiempo. No se necesita decir, que en unos y en

otros, hay excepciones, pero a manera de conclusión, tenemos que aceptar que la tamización es una labor inter-



activa y a menudo resultado de la contradicción de estudiantes y profesores.

Por otra parte, sería absurdo pensar que las Universidades son un dechado de perfección. No lo son porque no pueden ser un castillo en que los mejores se enclaustran para buscar y practicar la perfección humana. Son, por lo mismo que el motor de la perfectibilidad social, "un espejo en que se reflejan los males de esa misma sociedad". Si pudiéramos imaginar una Alta Casa de estudios sin esos reflejos, imaginaríamos una creación inútil como inútil sería un fruto que creciera en los vacíos siderales. No tendría sabor, no tendría olor, no tendría propiedades útiles para nosotros de ninguna clase. Sería como tratar de imaginar la homogeneidad total de algo. Cesaría el movimiento, se paralizarían las fuerzas, se volvería todo estático. No

podemos crear algo tan perfecto que ya de él no pudiera corregirse nada. Una uniformidad total, perfecta del universo, sería una uniformidad total, perfecta, de la inutilidad.

No se crea, sin embargo, que justificamos como bueno el reflejo de los vicios y errores sociales en la universidad, los justificamos como ineludibles a toda obra humana.

De los que pasan el filtro Universitario

Es por razón de los vicios antes apuntados, que en la Universidad también nacen pontífices, también nacen adoradores irredentos

de la publicidad y el brillo. Hombres vanidosos y pueriles, en una palabra. Barnizados brevemente por el fulgor del conocimiento, aparecen como si por mucho que lloviera erosionante la incompreensión, ellos siempre brillarían. Estos "virus filtrables" de hoy, brillarán con todo su esplendor mañana, y serán mañana tamizados en esas mismas universidades. Ese es el proceso. Es muy difícil alterarlo.

Y a propósito de hombres espectaculares, el pasado está preñado de vidas breves que no gustaron jamás la fama y la gloria. El mundo está lleno de seres sencillos y aun desconocidos —extremando el concepto— que ocupan un lugar decisivo en la resultante de las manifestaciones de la especie. Al cristalizarse los valores más relativamente puros de esa sociedad, esos hombres sencillos resultan más positivos que los otros.

QUIERE USTED COMPROBAR CUAL ES SU CARACTER?

He aquí lo que revela el total de los puntos obtenidos.

Menos de 50 puntos.—Emotividad y dinamismo bastante moderados. Talento especial para problemas puramente objetivos: pleno desarrollo del mismo en la plena tranquilidad. Es usted probo y razonable; muy sensible también, hasta el punto de que las cosas toscas le molestan. Temperamento artístico. Poca fortuna en las cosas prácticas: le falta a Ud. flexibilidad, seguridad y amplias ideas. Se retracta usted con facilidad cuando se halla en oposición a la gente que se mantiene con firmeza. Tras su actitud de seriedad se oculta un verdadero miedo de la vida. Cuida usted mucho de refugiarse en un mundo imaginario.

Más de 50 puntos.—Usted va por la vida mirando al porvenir y le complace reunir el mayor número de experiencias posible. Atrapa usted con rapidez la menor oportunidad y después de analizarla fríamente obtiene de ella el mejor partido posible. Necesita la novedad. Aunque es usted hábil en pensamientos y sentimientos, tiene sin embargo una cierta tendencia a la superficialidad. Vive Ud. para el porvenir y cree que correr un riesgo es ya triunfar a medias. No desdena usted las bromas de sal gorda. Sabe usted gozar plenamente de los placeres estéticos, pero carece de una moral estrictamente cerrada. Sus características predominantes son el entusiasmo, el placer del riesgo y el sentido del humor. Cuida usted no inclinarse demasiado por el oportunismo.

Millones de personas tienen diabetes y no lo saben. Otros millones la tienen y lo saben. Hay pruebas alarmantes de que la enfermedad va en aumento.

La diabetes es un desorden del páncreas, glándula lingüiforme situada detrás del estómago, cuya función es fabricar dos sustancias muy importantes, de las cuales una entra en los intestinos y la otra en la sangre.

En el proceso digestivo, los azúcares, las féculas y algunas grasas y proteínas se transforman en glucosa, especie de azúcar que el organismo quema como combustible. La glucosa que no se quema se almacena en forma de grasa en el hígado y los músculos. Pero ni el proceso de combustión ni el almacenamiento pueden verificarse sin la segunda de las dos sustancias secretadas por el páncreas: la insulina. Por qué? Nadie lo sabe.

En el páncreas hay grupos de células especiales, posiblemente un millón de ellas. A veces se desarreglan y dejan de funcionar debidamente. La persona en quien esto ocurre empieza a sentir mucha sed y a hacer aguas frecuente y copiosamente. Pierde fuerzas y se fatiga con facilidad. Si se rasguña o se corta ligeramente, la herida tarda mucho en cicatrizar. Casi siempre tiene hambre; pero por mucho que coma pierde carnes. En realidad el enfermo está muriendo de hambre lentamente.

Si este proceso no se detiene, el diabético llega a un estado comatoso y la insulina es lo único que puede revivificarlo. Hoy en día, más de veinticinco años después de su descubrimiento, esta sustancia, con un régimen alimenticio apropiado, es el único remedio conocido de las diabetes. Hoy el diabético, aunque no debe descuidar la dieta, puede incluir cantidades satisfactorias de carbohidratos, grasas y aún azúcares, con tal de que no engorde demasiado. Ni aún el alcohol le está prohibido por completo, si bien debe evitar los vinos dulces, el champaña y la cerveza.

En tiempos pasados la duración probable de la vida de un diabético era de sólo cinco años, años angustiosos de agotamiento continuo. En la actualidad, si el diabético se cuida y se somete al tratamiento moderno tiene gran pro-

babilidad de vivir tanto tiempo como si no hubiera contraído la enfermedad. La experiencia ha demostrado que la diabetes prefiere a las personas gordas.

En un grupo de 1000 diabéticos las probabilidades son que el 90% hayan sido obesos en algún tiempo. Solamente que el avance de la enfermedad les hizo perder carnes. Empero, los médicos no están aun de acuerdo en cuanto a la

116945
Indicador

La Diabetes va en Aumento

C. LESTER WALKER
Harper's Magazine

relación exacta de causa y efecto que existe entre la gordura y la diabetes.

Se sabe con seguridad que esta enfermedad puede heredarse. Es lo que los geneticistas llaman un recesivo mendeliano, que siguen en cuanto a la herencia el mismo curso que la calvicie, el daltonismo y puede saltar una generación. Los datos estadísticos demuestran que si tanto el marido como la mujer son diabéticos, todos sus hijos lo serán también, si es que viven lo suficiente.

Antes de la introducción de la insulina, la preñez ocurría raras veces en las mujeres diabéticas, y cuando ocurría, en el 50 por ciento se malograba. Antes de que la

insulina se generalizara, la mayor parte de las muertes de diabetes ocurrían debido al coma diabético. Actualmente el coma no produce sino el tres por ciento de las muertes. El 66 por ciento de las defunciones se deben a arteriosclerosis, a la cual los que sufren de diabetes están más predispuestos que los que no tienen esta enfermedad. El endurecimiento de las arterias puede ocurrir en cualquier parte del cuerpo—el corazón, el cerebro, los riñones, las extremidades, etc. Cuando ataca los pies o las manos, a menudo estorba la circulación hasta el punto de causar gangrena. Cuando ataca la retina del ojo, causa ceguera. El tratamiento apropiado de la diabetes no siempre impide la arteriosclerosis. Pero los médicos, en vista de que en los diabéticos el endurecimiento de las arterias se desarrolla con mayor rapidez que el debido exclusivamente a la vejez, esperan que algún día el estudio de la diabetes misma conduzca al descubrimiento de la verdadera causa de la arteriosclerosis.

Y qué debe o puede hacerse con los millones de personas que tienen diabetes y no lo saben? En los Estados Unidos la Asociación Norteamericana de Diabetes espera descubrir a estas personas mediante una campaña de publicidad que acaba de emprender y la información que reciba de todos los médicos del país. En su búsqueda de diabéticos que ignoran serlo, la mencionada asociación recomienda encarecidamente este precepto cardinal:

“Hágase usted analizar la sangre y la orina (a) si ha pasado de los 40 años y pesa más de lo debido; (b) si alguno de sus antepasados sufrió de diabetes. La importancia de esto para los diabéticos a quienes aún no se les ha diagnosticado la enfermedad es casi incalculable. El doctor Charles H. Best, uno de los dos descubridores de la insulina, dice sucintamente: “El que tiene la enfermedad y no lo sabe y el que, por no tenerla sino en forma aparentemente ligera, la descuida, son los más amenazados por falta de tratamiento y los que están más expuestos a complicaciones graves como las de los ojos y los vasos sanguíneos. Hay que hallarlos, instruirlos y socorrerlos, antes que sea demasiado tarde”.

116959
indígena

LA NACION PANAMEÑA

OBRA DE ESPAÑA

POR CARLOS SUCRE C.

El sevillano don Rodrigo Galván de Bastidas descubre el Istmo de Panamá a principios del siglo XVI, posiblemente en 1501. El descubridor de América, Almirante Cristóbal Colón, en 1502 descubre una habia de Bocas del Toro que lleva su alto título y otra que nombró Portobelo. El Adelantado don Vasco Núñez de Balboa, en 1513, atraviesa valientemente nuestro país y descubre el Océano Pacífico. Diego de Albítez, que probablemente en 1516, establece que la mejor ruta para pasar de un mar a otro es la vía Panamá-Nombre de Dios. Pedrarias funda la ciudad de Panamá en 1519 y conquista para España casi todo el territorio istmeño. Desde entonces hasta principios del siglo XIX, 28 de noviembre de 1821, la historia de nuestro país es parte de la gloriosa historia española.

Con frecuencia se empequeñece o se condena esa obra española. Para ello suele compararse la conquista y colonización de la América Sajona y de la América Indoespañola. La primera está más próxima a Europa. Su geografía facilita las comunicaciones internas; su clima la vida del hombre europeo y sus grandes riquezas naturales el avance de la cultura humana. En la América es indoespañola las cordilleras cierran caminos de penetración; la industria no encuentra, como en el Norte, abundancia de hierro, carbón y petróleo en áreas adecuadas; el clima, por lo general, retarda la civilización. En un Continente sobreviven los indígenas y en el otro sólo quedan grupos insignificantes para curiosidad de turistas.

Cuando los españoles llegaron a nuestro país existían aquí numerosas tribus indígenas. Los quaymies, cunas, doraces, entre otros, se dividían el territorio istmeño sin el más elemental principio de unidad política, económica, lingüística o religiosa. Los conquistadores someten todo el Istmo a su autoridad y cultura creando así la base esencial de nuestro actual Estado, la integración territorial y la unidad política.

No es posible adaptar a Panamá las críticas formuladas en México, Perú o Guatemala sobre la destrucción por los españoles de una ponderada civilización indígena porque los indios nuestros, cuando llegaron los conquistadores, dependían económicamente, como pueblos primitivos, de la pesca, caza, maíz y yuca. Habitualmente los hombres vestían con taparrabos y las mujeres, cuando lo hacían, con rústicos camisones. La venida de los españoles significó, pues, la dominación de pueblos de mentalidad rudimentaria por otro de cultura superior que introdujo en nuestro país mejores tipos de vivienda que el modesto bohío indígena y fuentes de vida desconocidas: ganados de diversas especies; aves domésticas, frutas, hortalizas, caña de azúcar, arroz y nuevos sistemas de trabajo.

No fué fácil para los españoles la colonización de nuestro país. Tenían que vencer la impiedad del clima, el cambio brusco de alimentación y la naturaleza rebelde. Como ejemplo debemos recordar que la lujosa expedición de 1.500 hombres traída por Pedrarias a Santa María la Antigua del Darién, a los

dos meses quedó reducida a una tercera parte. Precisamente con la colonización de América inician los españoles esa dramática lucha, aun no terminada, del europeo por dominar el trópico. Compárese la colonización española en esta zona durante los siglos XVI y XVII con la colonización inglesa de las Guayanas, Honduras Británica o la India durante los siglos XIX y XX, para obtener más acertadas conclusiones sobre la magnitud de la obra de los hombres que trajeron la civilización europea al Pacífico y que demostraron la posibilidad de que los pueblos del Viejo Continente se adaptaran a la vida del trópico. Clima, enfermedades y hambre transformaron bien pronto las alegres ilusiones de los colonizadores en amargas decepciones. En la batalla contra la Naturaleza hostil se endurecía el corazón del conquistador que lograba sobrevivir, porque aquí antes de que unos pocos consiguieran radicarse, los más perecían o emigraban abatidos por fuerzas contrarias. En Europa sólo el pueblo español, tenaz, valiente y fervoroso, podía en aquella época iniciar la población civilizada del trópico americano. Los escoceses, en cambio, renunciaron a todo intento de colonización en cuanto su lujosa expedición de 1698 para conquistar nuestras costas del Atlántico se enfrentó con la realidad mortífera del clima.

—Todos sabemos que el proyecto francés de la construcción del Canal de Panamá fracasó, entre otros motivos a causa de las fuerzas adversas del trópico, que segaron vidas y destruyeron virtudes

provocando uno de los mayores escándalos de la historia humana.

Cuando Diego de Albiñez, Pedrarias y sucesores, establecieron la ruta, primero, Panamá-Nombre de Dios y, después Panamá-Chagres, para comunicar los dos grandes Océanos, se descubrió la función natural de nuestro país como centro de intercambios de culturas y mercaderías. Ellos recorrieron todo el Istmo Centroamericano, originalmente en busca inútil del estrecho que uniera naturalmente los mares y, más tarde, para encontrar el camino menos difícil de comunicación. Cuando seleccionaron esa ruta adelantaron nuestro destino y dieron al Istmo de Panamá un período épico y fecundo de centro de descubrimientos, conquistas y colonizaciones por todo el resto del continente, pues de aquí partían las expediciones de aventureros y civilizadores como parten las varillas de un hermoso abanico de su centro. Falta aún la novela o la obra que descubra las conspiraciones, planes, delitos y grandezas que se incubaron y planearon en la

destruida ciudad de las leyendas que debió ser Panamá la Vieja, primera fundada por europeos en el Pacífico y primer reto del hombre civilizado al trópico implacable de entonces.

Los españoles habilitaron el camino interoceánico y estudiaron ya la posibilidad de construir en nuestro país el Canal, imposible con los recursos de aquella época; pero su temprana visión es antecedente importante del ferrocarril y de la vía canalera realizados cuando el progreso de la higiene y de la ingeniería permitieron llevar a la práctica lo que en su origen fué chispa del genio. Cuando los españoles pusieron en actividad nuestra función natural de centro de intercambios indicaron inteligentemente la fuente cierta de nuestra vida, formación y prosperidad, hasta estos instantes de inquietud que aconsejan para el país ingresos adicionales porque la creciente densidad de población y la multiplicación de necesidades obliga a Panamá a explotar sus otras ri-

quezas naturales o a resignarse a que se detenga el desenvolvimiento nacional en hora feliz iniciado por los españoles.

En el mapa que resume la inmortal jornada española en Panamá, puede observarse que aún sobreviven y prosperan más de veinte poblaciones, de las fundadas durante la época colonial. Esas villas y ciudades están distribuidas por todo el territorio nacional y aun sirven de base para la división administrativa del país. El idioma, la religión, la cultura y los monumentos de esa veintena de comunidades se combinan para mantener y avivar el culto hacia la Madre Patria que sin encontrar en Panamá, como en casi todos los otros países conquistados, clima bondadoso y enormes riquezas de oro y plata, creó las bases de nuestra cultura y de nuestra nacionalidad. La noble herencia española ha sido, es y será nuestro mejor escudo para defender los altos destinos de la República contra las fuerzas disolventes que operan sobre todo centro geográfico.

F L E C H A S

POR LOPEZ DE MOLINA

Existen versos donde hay tal derroche de imágenes, que nos sentimos encandilados y no nos dejan ver su contenido poético si es que lo tienen.

o o o

La imagen que no está al servicio del pensamiento o de la emoción es una imagen perdida y que no cumple su misión. Cuando el poeta no tiene más culto que el de la imagen, termina por convertirse en un vendedor de baratijas que pretende hacer pasar por joyas.

o o o

La lectura de todos los días ensancha la visión y da amplitud al espíritu. Los obtusos y los de espíritu estrecho lo son porque nacieron así y porque desdeñaron el libro.

o o o

Leer por leer es una tontería. Se debe hacer no por matar el tiempo, sino para nutrir la inteligencia y refinar la sensibilidad. La

lectura por la lectura es una vulgar distracción, como jugar al billar o a las cartas.

o o o

Hay gente que jamás se detiene a ver la vidriera de una librería. Es la misma que se para en todas donde se exponen quesos y embutidos. Es la gente que por vivir esclava del estómago, se ha olvidado que tiene cerebro, y más aún, espíritu.

o o o

Qué contadas son las personas que tienen el buen gusto de regalar libros! Y sin embargo, qué obsequio puede ser mejor para quien sabe apreciarlos? Cuando regalar libros sea una costumbre, habremos alcanzado un grado de cultura realmente muy alto.

o o o

La base de la cultura es la lectura. Hombre que no lee no puede ser verdaderamente culto y a cada paso está revelando la falta de familiaridad con los libros.

116942 *Indezgada*

Vida anecdótica

de

Teresa Carreño

POR EDUARDO CARREÑO

Teresa Carreño vió la luz en Caracas, el día 22 de diciembre de 1853. Fué su padre Manuel Antonio Carreño, el ponderado autor del *Manual de Urbanidad y buenas maneras*; su abuelo, Cayetano Carreño, músico y compositor que gozó de fama difundida en su época, hermano de Simón Carreño, quien, a causa de un serio altercado con él, cambió su nombre por el de Simón Rodríguez. Llevó con dignidad la madre suya el patronímico de Clara García de Sena y Rodríguez del Toro.

Fué una artista precoz Teresa Carreño. A los tres años de edad tarareaba trozos de ópera; a los cuatro arrancaba a las teclas del piano, con sus dedos gráciles y diminutos, sonidos armoniosos. Su madre la reñía: —El piano es un instrumento delicado y no se ha hecho para que los niños jueguen con él; pero la reprimenda le importaba muy poco, pues seguía practicando los ejercicios asiduamente y a hurtadillas. Una vez la sorprendió su padre, cuando al entrar en la casa, oyó que alguien estaba tocando un aria de "Lucía de Lamermoor": era Teresita, que, tomada por sorpresa, cerró el piano y echó a correr. El padre cogióla en brazos y al percatarse de que la hija suya era un portento, lágrimas de emoción arrasaron sus ojos. La niña, enjugándolas, prometióle que no volvería a hacer más aquello; pero su progenitor, que también era pianista, comenzó a darle las primeras lecciones.

Tánta fué su afición desmedida, que Teresa Carreño, a los ocho años, sorprendió al público de Nueva

York con sus conciertos. Oportunidad hubo en que tocó ante el Presidente Abraham Lincoln, el libertador de los esclavos. Los padres de la niña, no sin razón temieron que ésta llegaría a turbarse, pero ella los tranquilizaba con estas palabras: —"Cuando son artistas y gentes importantes los que me oyen, toco mejor, pues entonces me siento como en la gloria". Era tan pequeña, que se requería un taburete para montarla en él.

Cuando regresó de uno de sus conciertos, la madre le preguntó: —"Dime, Teresita, ¿qué prefieres tú: una princesa o una artista?" La respuesta no se dejó esperar: —"Claro que una artista, mamá, y lo seguiré siendo por toda mi vida". La dificultad consistía ahora en que la oyese Gottschalk, tenido entonces como el rey del piano en América. El estaba cansado de oír "niños prodigios", que, a la postre, no vienen a ser tales, sino simples niños majaderos. A tanto dar, logró Manuel Antonio Carreño que el gran pianista la oyera. Cuando Teresa Carreño hubo terminado de tocar, Gottschalk, conmovido, la abrazó y posando un beso en la frente sin mancilla, exclamó: —"¡Bravo! Este no es un "niño prodigio", sino un verdadero genio... Me encargaré de su educación musical y será mi mejor discípula". Quedó consagrada de ese momento; su gratitud fué perdurable. También adivinó la pianista en MacDowell aptitudes extraordinarias; contribuyó eficazmente a su formación artística y fué con él a Europa, donde lo introdujo en los círculos musicales

hasta que el compositor norteamericano se impuso y se le consideró como uno de los más grandes de su tiempo.

La carrera emprendida por Teresa Carreño fué de triunfos. En París Rossini le dió una carta de recomendación para el compositor Ardití. Gounod, Grieg, Brahms y otros músicos famosos tuvieron para ella cálidas frases de elogio; los críticos franceses la compararon con Mozart y con Listz. Resolvió entonces irse a Alemania, donde alcanzó sus mayores éxitos y la consolidación de su prestigio universal; treinta años permaneció allí consagrada por completo a la enseñanza y a sus numerosas giras de arte; se hizo tan popular, que la llamaban cariñosamente "la mamá de Berlín". Y cuenta que tuvo que enfrentarse a Camila Pleyel, y lo que era más grave todavía, a Clara Schumann, viuda del egregio compositor y el pianista más célebre de Europa. De propósito escogió la intérprete venezolana los "Estudios Sinfónicos" de Schumann para su estreno en Berlín, con lo cual dejó a Clara zaguera: la ovación que le hicieron llegó hasta el delirio.

Viene aquí de molde una anécdota interesante. Brahms y d'Albert eran muy amigos. El primero se mostraba rehacio a creer en la competencia de las pianistas. Una vez fueron a visitarlo d'Albert y su esposa Teresa Carreño, a quien le exigieron que tocara una pieza en el piano. Accedió con gusto y cuando terminó, d'Albert preguntó a Brahms: —"¿Qué dices tú ahora?". Y el gran compositor no le quedó más remedio que contestar: —"Pero es que tu mujer no es una pianista, sino "un" pianista". En otra oportunidad d'Albert inquirió de Brahms por qué no se casaba y éste le dijo: —"Lo haré cuando consiga una mujer como la tuya".

El autor favorito de Teresa Carreño era Beethoven. En cierta ocasión le manifestó a un periodista, después de un concierto dado en Bruselas: —"Beethoven satisface a la vez el espíritu y el corazón". También dijo en otra oportunidad: —"Para mí es una empresa muy seria tocar la música de Beethoven. Cada vez que la toco le pido a Dios, en cada nota, que me guíe en la interpretación que él esperaba se les diera a sus composicio-

nes..." Y, efectivamente, Beethoven era el solo maestro que no interpretaba a su muy personal manera, por ser como es sabido, el más inalterable de los compositores.

Profunda admiradora de Grieg, el Chopin del Norte, la pianista venezolana tocó admirablemente su gran concierto para piano. Muchos fueron a felicitarla y llegó entre ellos un señor de baja estatura y de agilidad extremada, el cual manifestóle:

—Ese pasaje que usted ha interpretado a su manera, es como precisamente debe tocarse.

—¿Y quién es usted?—inquirió ella.

—Soy Grieg. Eward Grieg, y vengo a decirle que no sabía que mi concierto era tan hermoso, hasta que lo he oído interpretado por sus maravillosas manos.

Ni se limitó nuestra artista a ser simple intérprete, sino que fué también compositora. Escribió el *Himno a Bolívar*, con letra de Felipe Tejera, para que fuese estrenado en el primer centenario del nacimiento del Libertador (1883), el vals *Mi Teresita* y algunas otras piezas.

Gozó fama Teresa Carreño de mujer hermosa y arrogante, por la rectitud del cuerpo, la altivez señorial de la cabeza y el brillo fascinador de los ojos; su figura procerosa llenaba todo el proscenio. "La Walkiria del piano", dieron en llamarla. Schumann Heinke calificóla de "Reina del teclado por la gracia de Dios". Tocó en Bruselas el "Claro de luna", de Beethoven, pocas semanas después de haberlo interpretado allí el insigne Pablo Paderewski, habiendo sido ella más aplaudida que el polaco. Los críticos dijeron entonces que los aplausos para la venezolana "iban

dirigidos más a la belleza que al arte"; mas otros les advirtieron que "el arte y la belleza son inseparables".

No puede revocarse a duda que, por ley de atavismo, Teresa Carreño heredó de su abuelo don Cayetano el talento musical y de su tío abuelo don Simón el carácter atrabiliario y levantisco; de modo que cuando tenía una contrariedad o le desagradaba una persona, escapábase frecuentemente de sus labios esta frase como un estribillo: —Yo soy una Carreño. La madre suya no consiguió quitarle la pésima costumbre de remangarse las mangas para ponerse a tocar el piano y tal vez cuando tenía un altercado con alguno de sus esposos.

La vida conyugal de Teresa Carreño fué un tanto borrascosa y no puede proponerse por modelo de virtudes. Cambiaba de maridos como de trajes. Uno de ellos se llamaba Eugen d'Albert, pianista y compositor, nacido en Glasgow (Escocia), hijo de familia francesa naturalizado alemán. Fué el más culto y talentoso de los que partieron con ella el tálamo nupcial. Llevó al matrimonio con Teresa tres hijos de uno anterior, y a su vez ésta llevó también otros tantos hijos. Tuvieron sucesión, y como es frecuente en tales casos, los chicos peleaban entre sí. Entonces d'Albert decía a su esposa: —"Mira que tus hijos y los míos se andan peleando con nuestros hijos".

Fuera de este matrimonio, que fué el tercero de la serie, Teresa Carreño casó a los veintiún años con Emi Souret, y a los veinticuatro con Giovanni Tagliapietra. Con antelación había manifestado la genial artista: "Mi mayor felicidad, mi único anhelo es vol-

ver a la Patria amada; es un martirio constante para mí esta ausencia que se prolonga en demasía". Llegó a Caracas el 15 de octubre de 1885; imponente fué el desfile de más de dos mil personas que fueron a recibirla; una banda militar le dió el saludo de bienvenida, y entre vítores y flores hizo su entrada en la ciudad que mecía su cuna.

En 1886 estuvo Teresa Carreño por última vez en Caracas. Se la recibió con una frialdad inconcebible. Incurrió en el error de meterse a empresaria y trajo una Compañía de Opera que resultó un fracaso. Durante una representación llovieron los tomates a porfía y un desalmado lanzóle una piedra a la cara, que de dar en el blanco, hubiese concluido de una vez para siempre la gloriosa existencia de la artista.

Murió Teresa Carreño en Nueva York, a los setenta y cuatro años de edad, el 14 de junio de 1917. Presidieron los funerales Paderewsky, Walter Darmrosh, Albert Spalding, Mischa y otras preclaras figuras del arte musical. Conforme a los deseos manifestados por ella, sus huesos incineráronse y luego se trasladaron a Caracas, donde se conservan en ánfora de bronce, con una inscripción en latín que, traducida, reza de este modo:

Aquí descansan, con el culto debido a su memoria insigne, las venerables cenizas de la caraqueña Teresa Carreño, a quien el docto Apolo ilustró en las artes musicales.

Marta Milinowski, discípula de Teresa Carreño, escribió la mejor biografía suya que se conoce y que, por desgracia, no ha sido vertida aún al castellano.

Decidamos, al levantarnos, que este día será nuestro día, y que nada apartará nuestra mente de su objetivo. Impongámonos la obligación de hablar bondadosamente a aquellos a quienes tratemos, y dominemos rigurosamente cualquier tendencia a los celos, y otra mezquindad. Evitemos los chismes y la falta de caridad. Al final del día, pensemos en lo que fué agradable y bueno, y desechemos de la mente lo que fué desagradable y malo.

Marcelo I. FAYARD.

116964
mudado

Picarismo y Delincuencia Política

La delincuencia política, en su estado latente, es un fenómeno colectivo, reflejo de la moralidad de las costumbres.

Se ha hecho frase resobada aquello de que si se castigaran a todos los ladrones públicos, las cárceles serían pocas para contenerlos.

No son imputables —en su totalidad al menos— a los partidos sino a la semi-barbarie de nuestra cultura política, la prédica de ciertos vicios consuetudinarios, y hábitos de rapiña, de fraude y de violencia con que todavía los “personajes” de la raza se disputan el privilegio de mandar.

Tal vez yendo a la raíz psicológica de estos defectos de conformación psíquica, nos encontramos con la herencia de la madre patria. Sobre todo si miramos hacia la España del siglo de oro en la que florecía a la paz de las artes y las ciencias, la mendicidad, el picarismo, el militarismo y la teocracia.

Ningún país de Europa tenía tantos poetas, hidalgos, mendigos, soldados y pícaros, como las ciudades españolas. Y de esta olla podrida de clases parasitarias (“idealistas” al uso de la época), de las que enfilaron rumbo a América como muestrario, qué otra moral práctica que no fuera la del picarismo, (o “viveza” criolla) y la del martiniferismo, o coraje gaucho, para comerle las asaduras al prójimo, podía florecer en estas tierras de promisión?

“Hasta Don Quijote —dice Alberdi— al emigrar a América, siendo siempre el mismo loco, se hace

loco pillo y especulador. Dígalo, si no, los “Salvacionistas” del país, que se descocan en estos momentos por prestidigitarse mutuamente los laureles y los beneficios de la Revolución.

Si el ideal de la Patria no tuviese por signo aritmético el presupuesto, nada habría que temer de estos caballeros andantes del patriotismo.

Ramón y Cajal pinta con su inapagable buen humor la idiosincrasia de los nietos del Cid, en esta forma ocurrente:

“Nada más fácil que diferenciar en el orden político un inglés de un español. El primero cree que su primordial deber es mantener el Estado; mientras que el segundo cree que el Estado debe mantenerlo a él”.

Como corolario a este modo de ser, el mismo don Ramón nos va a decir en qué consiste nuestro “idealismo” de raza.

“El ideal español de todas las cataduras —dice— es jubilarse tras breves años de trabajo, y si es posible, antes de trabajar”.

Caeremos en la modestia de negar la bella herencia de tales atributos?

Y para cultivar amorosamente esta alma burocrática con que nacen ya nuestros hijos, el Estado costea escuelas, colegios y universidades que tienen por misión prepararlos en masa para el empleo público. Nada de educación utilitaria (para el trabajo que hace amor de sí mismo al individuo) gritan los pedagogos “idealistas” que tie-

POR

JULIO R. BARCOS

nen alma de empleado público y no pueden transmitirle a sus discípulos sino el ideal del empleado público, dándole a nuestra primera, segunda y tercera enseñanza por alma mater, el parasitismo.

Y, luego nos admiramos de que nuestro pueblo sea un pueblo de mendigos; de que los pediguños formen colas interminables en la casa de gobierno; y que el electoralismo especule con la repartija de puestos; y que el servilismo y la adulonería encumbren tiranos; y que cada comité sea una gavilla y cada partido una horda que al copar el poder se reparten los bienes de la nación como botín de guerra, cohonestando el saqueo con la solidaridad partidaria cuando no con el señuelo de las reparaciones históricas.

De lo que podríamos admirarnos es de que todavía quede gente dispuesta a vivir de su trabajo.

Pero en realidad eso ha sucedido desde que existe el Estado, en todas partes. El maquiavelismo es mucho más antiguo que Maquiavelo en el mundo.

El político no es un filósofo: es un psicólogo

El político de garra con visión de futuro que pide patria para hacer patria, es, para describirlo por comparación a los demás tipos comunes de la sociedad, lo contrario

del dómine magister, del moralista, del burgués, del dialéctico, del pe-
rorador de comité o de plaza públi-
ca, sin excluir ese mundo de es-
cribas, levitas y fariseos del tem-
plo patriotero, que asesoran las
conciencias ajenas con un rigor y
malignidad tan grandes como la
benevolencia con que se juzgan a si
mismos.

Bien hacen las masas populares
al olfatearlo, en confiarle sus des-
tinos y dejarse conducir por él co-
mo un ejército de voluntarios que
confía absolutamente en su gene-
ral.

El político nato, por rica que sea
su cultura, no es un filósofo: es
un psicólogo. No sabe "psicologías"
como aquél; pero conoce la psico-
logía viva y diferenciada de sus se-
mejantes porque su laboratorio es
la sociedad entera y su instrumen-
to la observación directa de la na-
turaleza humana.

Allí donde la psicología didáctica
de gabinete hace complicadas
series de "test" para diagnosticar
aptitudes y cualidades psíquicas
del individuo, él distingue a pri-
mera vista los caracteres indivi-
duales y revela en su conducta pa-
ra con los demás un conocimiento
íntimo de los hombres.

El político ve con sus ojos de
Zahorí, a través de la obsecuencia,
la altivez, la adulonería, la dupli-
cidad de quienes se le aproximan
enmascarando con finas o torpes
maneras sus interesados, inconfes-
ables propósitos, sin que escapen
a su mirada las vetas de nobleza,
sinceridad e idealismo en potencia
que existe también en las almas.

Posee el disimulo del buen juga-
dor, revelando pleno dominio de to-
das las trampas consentidas por
las leyes del juego y lejos de es-
candalizarse o decepcionarse ante
las miserias morales que contem-
pla, comprende lo absurdo de que-
jarse del material humano con que

debe trabajar, desde que no es po-
sible mandarse fabricar otra clase
de hombres a la medida de sus de-
seos.

Acaso en su fuero interno odia
al pueblo por lo que es, pero lo
ama por lo que pudiera ser y por
lo que él quiere que sea, no em-
briagándose con el licor barato de
la utopía, sino arremangándose pa-
ra empujarlo hacia la realización
de su gran destino.

**El gran político es el hortelano
de un pueblo**

Conocer a fondo la espirituali-
dad de su pueblo, no quiere decir,
como vulgarmente lo entiende el
politicastro bribón y superficial,
conocer tan sólo sus explotables
prejuicios y bajas pasiones, sino
también el germen de divinidad
creadora que palpita en el fondo
de su alma.

El grosero mercader disfrazado
de político que subordina al des-
enfreno de sus apetitos, de sus mi-
serables intereses transitorios los
grandes y perdurables intereses de
la nación, no cuenta con el juez
inexorable de la conciencia pública
que tarde o temprano ha de ejecu-
tarlo con su fallo inapelable. Po-
líticos de esta calaña, no sólo son
los verdaderos "enemigos del pue-
blo", sino también los más villanos
traidores de la fuerza partidaria
que invocan. Tipos de mentalidad
subalterna más baja que el nivel
del hombre común, no tardan en
ser arrasados por una ola de im-
popularidad que los barre del puen-
te de mando, cuando no por la dic-
tadura de la blusa o de la espada,
que los convierte un día en alfom-
bra de aquéllos a quienes burlaron
o escarnecieron.

Un gran político no es un arre-
bañador de pueblos sino un Maes-
tro del civismo y un educador del
soberano. Trae por misión elevar

la dignidad y el prestigio de su
pueblo. Cuando digo Maestro no
quiero decir pedagogo repetidor de
lecciones bien o mal aprendidas,
sino un gran profesor de energía
y de intrepidez cívica, dispuesto a
luchar a brazo partido, si es menes-
ter, con las fuerzas regresivas de
la barbarie, con riesgo de su liber-
tad, su hacienda, su honor y su
vida.

El gran hombre de Estado —se-
gún la sabia y sencilla definición
spengleriana— es el hortelano de
un pueblo. Vale decir, un cultiva-
dor de las energías espirituales, un
potenciador de las fuerzas creadoras,
un creador, él mismo, de cultura
social; en una palabra, un ci-
vilizador.

Este concepto del político de alto
bordo, le viene a la medida a
un Lincoln y un Sarmiento en el
Norte y Sur de América; un Glad-
stone, un Lenin, un Gandhi, un
Mustafá-Kemal, un Masaryk, en
Oriente y Occidente.

Es evidente que al mencionar es-
tas cumbres de la política, nues-
tros políticos al uso, que no se
atreven a aceptar las ideas sino
cuando están en estado de putre-
facción y nuestros pseudo estadis-
tas alimentados de las momias del
derecho romano, resultan pigmeos
de una desesperante insignifican-
cia.

Pero la ausencia de grandes po-
líticos en pueblos de cultura de-
moerática como el nuestro, bien
puede suplirse por una gran polí-
tica social y económica que liqui-
de el régimen feudal sobre la pro-
piedad de la tierra y mejore total-
mente las condiciones de vida de
los pueblos para que dejemos de
ser un país abarrotado de pobres,
pero gobernados por ricos. Una
gran política sería, además, vivero
de grandes estadistas.

Pueblo revolucionario con diri-
gentes retardatarios es un contra-
sentido histórico.

*La concisión es una de las virtudes más dignas de elogio en un escri-
tor, juntamente con la claridad. Por lo general, los que adolecen del de-
fecto de ser difusos son los que nunca poseerán la cualidad de ser conci-
sos. Ellos emplean diez palabras para expresar lo que otros sólo necesitan
dos.*

EL REPOSO

De "VOTRE BEAUTE"

Todas las vitaminas, todas las sales minerales del mundo, son incapaces de darle una vida más sana, más alegre y más larga si no conoce y practica a fondo el arte de descansar. Una alimentación equilibrada, cuidadosamente estudiada, permitirá lograr gradualmente un nivel de salud moral y nerviosa tal que usted podrá vivir fácilmente los altibajos de la existencia. Sin embargo, usted puede dominar el arte de no desgastar más su energía si aprende a descansar.

Aconséjese usted mismo, en alta voz, el descanso. Repita este consejo varias veces y escuche sus propias palabras. Una orden imperativa no haría más que aumentar su tensión interior. Tenga solamente el deseo de relajarse absolutamente. Entonces sentirá sus músculos aflojarse como los de un adolescente que duerme. Mientras usted es joven, se afloja instintivamente; es por esta razón que los jóvenes pueden pasar toda una noche bailando sin sentir cansancio. Hasta cierta edad el hombre está continuamente distendiéndose sin que se dé cuenta de ello. Cuando haya aprendido a aflojar enteramente su cuerpo, conocerá el secreto de una juventud casi eterna. Existen varios métodos de relajación y todos valen la pena de ser estudiados.

El método más sencillo y al mismo tiempo el más eficaz para lograr el relajamiento perfecto del cuerpo, es la tabla de descanso, inclinada de manera que la cabeza quede más baja que los pies. Para practicar este método, las personas de tamaño mediano pueden estirarse en una tabla de planchar ordinaria, una de las extremidades descansando en el suelo, mientras la otra está apoyada en una silla baja o un taburete. Pero la mayor parte de estas tablas son demasiado cortas para ser utilizadas así. Más vale procurarse una

madera sólida, ancha de cincuenta centímetros más o menos y cuyo largo sea superior al tamaño de su cuerpo. Si es posible, hagan instalar esta tabla en un lugar donde pueda permanecer. La extremidad elevada no debe estar a más de 30 o 35 centímetros del suelo. En esa posición inclinada, la columna vertebral se estira y la espalda se endereza automáticamente. Los músculos que ordinariamente están más o menos en tensión lo mismo en una actitud indolente que sentada, se aflojan completamente. Los pies y las piernas, libertados de su peso habitual y de los efectos de la gravedad, tienen la posibilidad de deshacerse de los coágulos que han podido acumularse en las venas o los tejidos y reducir así los riesgos de hinchazón en los miembros o vasos sanguíneos fatigados.

Esa posición inclinada aporta también un alivio sensible a los músculos abdominales (que empiezan tal vez a debilitarse a fuerza de llevar sin cesar un peso considerable) y permite a la sangre fluir más libremente hasta los músculos del mentón, de la garganta, de las mejillas, asegurando así su firmeza. La tez, los cabellos, el cuero cabelludo, se beneficia también con este aumento de circulación, así como el cerebro, que podrá clarificarse y descansar.

Adopte esta posición inclinada durante quince minutos, dos veces al día. Poco importa el momento: al despertar, al acostarse, o (es el momento más indicado) cuando usted regrese a la casa, fatigado por un día de trabajo. Claro está que necesita mucho tiempo para aprender a relajarse completamente. El descanso es un verdadero arte. Pero es también la juventud, su juventud. Y le queda seguramente tiempo para aprender este arte, lo tiene seguramente. Recuerde que es más temprano de lo que usted cree.

o o o

"La única posición que un hombre puede ocupar con éxito por el solo hecho de haber nacido es la de idiota". Para cualquier otra carrera es indispensable preparación.

—Joseph PULIZER.

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE 2 DE JULIO DE 1950 AL 29 DE JULIO DE 1951

FECHA:		SORTEO:	PRIMERO	SEGUNDO:	TERCERO:
JULIO	2	1634	3593	9117	5320
"	9	1635	6651	2685	6842
"	16	1636	7746	1645	9115
"	23	1637	9777	1347	1397
"	30	1638	9527	7880	0760
AGOSTO	6	1639	6059	3252	6264
"	13	1640	6220	8072	6117
"	20	1641	8993	0872	8596
"	27	1642	4641	5414	5448
SEPTIEMBRE	3	1643	2563	1817	2214
"	10	1644	8435	3243	6079
"	17	1645	6388	2951	0984
"	24	1646	3948	0607	2321
OCTUBRE	1	1647	8800	0835	0165
"	8	1648	7377	9990	0589
"	15	1649	9363	7053	8076
"	22	1650	9776	8662	4335
"	29	1651	6739	5592	2691
NOVIEMBRE	5	1652	0370	9247	7626
"	12	1653	5710	6498	6175
"	19	1654	2298	3587	3448
"	26	1655	6006	2959	4845
DICIEMBRE	3	1656	6777	2071	9088
"	10	1657	5355	4650	4227
"	17	1658	8798	8030	9215
"	24	1659	9655	8745	9262
"	31	1660	2595	1774	2410
ENERO, 1951.	7	1661	7697	6346	7464
"	14	1662	8682	2231	7740
"	21	1663	4287	1143	5356
"	28	1664	6271	0686	6506
FEBRERO	4	1665	4129	2416	7630
"	11	1666	6976	5325	9950
"	18	1667	6203	1642	1224
"	25	1668	4819	8801	1322
MARZO	4	1669	2649	1738	9887
"	11	1670	7201	6655	2139
"	18	1671	6420	1623	6338
"	25	1672	8312	6239	3377
ABRIL	1	1673	5367	3822	7377
"	8	1674	2546	0270	8531
"	15	1675	8182	9955	6201
"	22	1676	3988	2253	3671
"	29	1677	7913	1467	7757
MAYO	6	1678	0758	4802	6911
"	13	1679	1628	5472	7397
"	20	1680	3907	8669	7508
"	27	1681	2856	2277	9916
JUNIO	3	1682	8824	3786	9813
"	10	1683	7646	5402	5866
"	17	1684	0352	8927	8690
"	24	1685	0051	0360	5555
JULIO	1	1686	7145	6791	1244
"	8	1687	4677	9761	4459
"	15	1688	3915	3794	5431
"	22	1689	5343	9950	7052
"	29	1690	6480	6497	4074

THE STAR & HERALD Co.

(LA ESTRELLA DE PANAMA)



TIPOGRAFIA
LITOGRAFIA
FOTOGRAFADO
RELIEVE
ENCUADERNACION
PAPELERIA

≡≡≡ EL MEJOR EQUIPO ≡≡≡

Y EL MAS MODERNO DE HISPANO-AMERICA

PANAMA, R. DE P.

Teléfono 696

Apartado 159

NUMERO 8

CALLE DEMETRIO H. BRID

No. 8

Llueve en la Comarca Perdida

*Por el negrusco cielo se alejaron los cuervos relucientes,
e inmóviles los árboles, contra el incendio pardo del poniente
están bajo los truenos.*

*Pasaron los vaqueros, allá, por los confines
de la metancolia.*

*Lentas garzas bajaron a las orillas lentas del olvido.
Por el agua estancada, del tino y tentas ondas de mercurio,
pasa un viento de lumbre solitaria.*

*Y suena el aire turbio en los hondos bambúes,
donde el verano enciende los jóvenes jaguares.*

*Suena el mundo con un pavor azul entre los árboles,
y corren los venados por yerbas de reitampagos.*

*Suena, nocturno, el sur, seta abajo, en la sombra
del pesado follaje quejumbroso.*

*Suena el techo de paja como si grandes aves picotearan
entre las hojas secas. Suena tejano el cielo*

*y un resplandor de siglos
tiene a abismar los rostros de los niños.*

*Redonda la vasija en la penumbra brilla
y el gaito erguido, es de oro-azul-violeta,
y brillan los caballos de plateadas crines,
y hay piedras humeantes y espigas luminosas,
y un tívido temblor en el follaje.*

*Sentimos la vivienda de barro, palma y humo,
que avanza en el rumor de la lluvia sombría,
en el vapor del agua que las ráfagas rizan,
en las nubes de insectos que vuelan temblorosos.*

*Y nos vemos las manos y al fuego nos miramos
como a un antiguo amigo, y las bestias se acercan
y están junto a nosotros con su tibio silencio.*

*Estamos a la orilla de las aguas nocturnas,
de las aguas que arrastran tejanas voces, luces,
árboles, animales y sombras de difuntos,
entre las verdes lumbres de livianas luciérnagas.*

*No somos más que el áspero silencio
en que las bestias gritan,
en que la lluvia cae,
en que la sombra cae.*

*Lejos los negros tocan los tambores.
Los negros junto al fuego.*

*Bajo el techo de palma, en la noche del agua,
del agua oscura y lenta.*

*De la serpiente negra.
Del trémulo follaje.*

*Lentos, los negros tocan los tambores,
los tambores del agua, los tambores
que tienden la tristeza por la noche.*

Vicente GERVASI